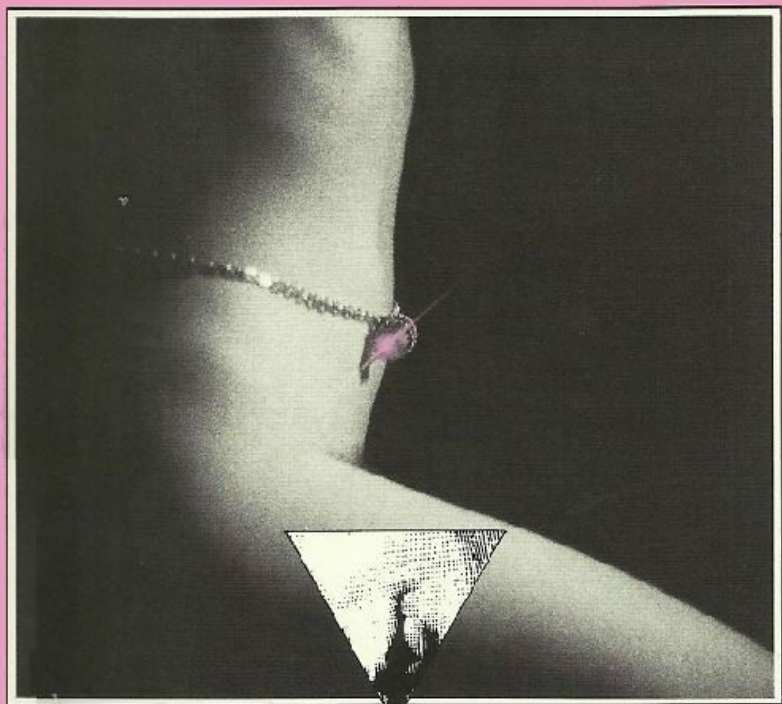


Alicia Steimberg
Amatista



La sonrisa vertical



Con Amatista, el lector asiste a nueve encuentros en Buenos Aires, nueve sesiones de iniciación en el «Abc, el alfabeto maravilloso» del placer. Un anónimo «doctor» se interna en el erotismo conducido —y aquí radica la originalidad de la novela— por las historias que explica una anónima «señora». Estas historias, cuentos de fantasía desbordada y casi surrealista, protagonizados por Amatista, Pierre y otros amigos, transportarán al «doctor» —y a los lectores— a mundos tan dispares como cierto misterioso monasterio, un apacible lago, una sesión plenaria en el cielo, o un elegante bar de Buenos Aires. Mundos dispares, y a la vez poderosos, pues la ficción irá filtrándose poco a poco en la realidad de los encuentros.

Así, narradas en un estilo sobrio pero no exento de humor, las lecciones teóricas y prácticas de la «señora» se suceden a un ritmo tranquilo, destilando un erotismo desinhibidor, liberador, y siempre generado de placer, nunca de dolor o sufrimiento.



Alicia Steimberg

Amatista

La sonrisa vertical - 63

ePub r1.0

Titivillus 11.10.15

Título original: *Amatista*
Alicia Steimberg, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Era un alfabeto de letras traslúcidas y cambiantes, con arabescos, proyectado en una pantalla. Lo seguí letra a letra, perdiéndome en los arabescos como en caminos largamente olvidados, hasta llegar a la U. Dentro de la U había un nido forrado de seda de color rosa, recortada del vestido de una mujer con antifaz. Era un alfabeto de mayúsculas, como las que aparecen al comienzo de cada capítulo en los viejos libros de cuentos; la R podría haber sido tomada del artículo correspondiente a Rinoceronte en una antigua enciclopedia.

El rinoceronte es un animal pequeño, de bronce, que vive en un estante de la biblioteca, y señala el lugar donde están los autores rusos que construyen personajes con la niebla.

Escuche, doctor, que hasta un hombre de mundo como usted necesita a veces que le cuenten historias. Siéntese en ese sillón, en el rincón soleado junto a la ventana, y, sin perder nada de su circunspección, desabotónese la bragueta y acaríciase suavemente mientras me escucha. Amatista estará de espaldas a usted, mirándose en el espejo, para que pueda verla por delante y por detrás, y yo, desde mi lugar, en el ángulo opuesto de la habitación, también podré verlo a usted en el espejo, perfectamente trajeado y con el miembro en la mano.

Ahora olvide el contrato matrimonial y eche a andar por los caminos donde la nieve se funde con el barro y no se sabe a qué profundidad está el fondo. Dese vuelta, doctor leguleyo pleitero, que todo lo dice bien y le da tanto valor a las palabras, y le haré un enema de agua de rosas. No se resista, no presente un escrito, no me prometa que va a buscar el expediente, sólo dese vuelta y bájese los pantalones.

Afuera hace frío porque es invierno en Buenos Aires, pero en este cuarto hace calorcito porque a la tarde da el sol.

Da el sol, resplandece y después se apaga como un fuego

artificial, pero ahora da el sol y usted se siente a gusto porque sabe que después del enema de agua de rosas le voy a meter una cereza grande en el culo. Siga manipulando su miembro, despacito, mientras Amatista acaricia sus pezones delante del espejo. Y ahora, doctor, guarde un instante el miembro, abotónese la bragueta y aproxímese a la mesita para servir dos vasos de *whisky*. Un velo dorado sobre el hielo.

Amatista acariciaba el rostro y los cabellos de Pierre y decía palabras dulces como la miel. Decía, «alfabeto», y su lengua buscaba la lengua de Pierre. Los pezones están erguidos, el interior de la vagina húmedo. Ahora vuelva al sillón junto a la ventana y acaríciense con su mano. Amatista se quita los zapatos y los calzones y se masturba. Mientras se masturba piensa que desabotona la bragueta de Pierre, el muchacho del establo. Sus dedos recorren los carnosos pétalos laterales y el botoncito rosa, resbalando en la tibia humedad. Si son sólo palabras, si es sólo la palabra «palabra». El erotismo es frágil como un lirio, es una jugada magistral en un tablero complicado. El don del cielo desciende sobre los cuerpos, las miradas, las palabras, mientras todas las piezas defienden celosamente su lugar. Después los pequeños peones crecen, se convierten en torres y caballos, la dama se aja, el rey envejece, el alfil pierde la fe. ¡Y adiós dulces humedades y olor a pan recién horneado! Sólo queda un lirio marchito a la orilla de un arroyo seco.

¿Otro velo dorado en el fondo del vaso? El pene está erecto, los pezones están erguidos y el interior de la vagina húmedo. No pueden compararse los dátiles de Tierra Santa con otra cosa que con los dátiles de Tierra Santa. Si no, ¿cómo sabría usted que los dedos que lo tocan son mis dedos? ¿Que la que busca su lengua es mi lengua? Ahora estamos en un mundo de dedos y labios y palabras. ¿Qué piensa mientras lo acaricio con mi mano?

Vamos a andar por un camino. Su brazo rodea mis hombros, mi brazo rodea su cintura. Atrás quedó la letra muerta. El pasto tiene la savia de la vida, la vida corta, claro, la vida efímera. Vamos a la funeraria a encargar un cajón para enterrar al rinoceronte de bronce. ¿Este le parece bien?

—No, es muy costoso.

—Hay dos calidades más. Este es barato, pero noble. Este es el más barato de todos.

—¿Por qué no elegir el más barato?

—El más barato tiene inconvenientes. Puede dejar salir humores del difunto.

—Compremos entonces, aunque sea a crédito, el de calidad intermedia. No quiero que se escapen los humores del difunto.

Ahora volvamos, doctor, a la tibieza del cuarto, a su sillón junto a la ventana. Veo que ha encanecido, le quedan muy bien las canas enmarcando el rostro joven; no, nada de aflojarse la corbata, me encantan los caballeros bien vestidos con la bragueta desabotonada y el miembro en la mano.

Amatista acaricia el húmedo interior de la rosa y piensa que desabotona la bragueta de Pierre y toca su pene erecto, se toca los pechos incipientes, acérquese, doctor, haga resbalar la yema del dedo por los pétalos y el botoncito mientras con la otra mano empuña firmemente su miembro. Un águila con manos humanas entra por la ventana y levanta a Amatista en el aire, puede caerse, pero no, no se caerá porque unas cabras con manos humanas la sostienen por las nalgas, todos levitan, ahora Amatista está suspendida en el aire.

Atardece. Amatista está en el jardín, puede verla, doctor, si se asoma por la ventana. Ahora se cuelga de una rama y se columpia con las piernas separadas, no olvide que se ha quitado el calzón. Tiene pechos redondos y firmes y una sedosa maraña en el monte de Venus. Pierre la mira columpiarse, con el miembro en la mano. Amatista se descuelga de la rama y se sienta en la hierba.

—Muéstrame cómo lo haces —le dice a Pierre.

Pierre forma un anillo con el dedo índice y el pulgar y hace pasar por allí su bonito pene; Amatista lo mira, arrobada, mientras frota rítmicamente su botoncito. Amatista niña, que ha estado mirando todo, se acerca a Amatista

grande y a Pierre.

—Deja que yo te lo haga —propone alegremente a Pierre.

—Quieta, Amatista —regaña Amatista grande—. No eres más que una niña.

Pero Amatista niña toma todo el miembro de Pierre en su boca. Amatista grande, celosa, se pone en cuclillas sobre la cara de Pierre. El águila con manos humanas, ayudada por las cabras con manos humanas, levanta al trío en el aire y todos, también las cabras, emprenden vuelo sobre la aldea, planeando a gran altura, pasando sobre las copas de los árboles y el campanario de la iglesia, y desaparecen en la distancia.

Amatista niña está sola en su cuarto, tendida de espaldas en la cama, con la falda levantada y la yema del dedo mayor todavía apoyada en el botón de rosa. Se levanta de la cama, se pone el calzón y los zapatos y va al comedor. En la mesa hay pastel de corteza crujiente en un plato.

¿Cómo está, mi querido doctor? ¿Le gusta la historia? Ahora suelte el miembro y respire hondo. Ya sabe cuál es la consigna: cuando sienta que va a eyacular interrumpa la masturbación, respire hondo y piense en otra cosa. Cuanto más se aplique a seguir mis consejos antes verá sus esfuerzos coronados por el éxito. Este es un ejercicio simple de retención, el ABC de las masturbaciones y los coitos felices, el alfabeto maravilloso. ¿Se tranquilizó? Muy bien. No se preocupe si, después de estas interrupciones, la erección baja un poco; enseguida recuperará toda su fuerza. Aflojese y escuche la continuación de la historia, y no se apresure a masturbarse otra vez.

Amatista grande estaba delante del espejo observando su cuerpo bronceado por el sol. En un rincón del cuarto había un huevo de araña. La araña rompió el cascarón, lo empujó a un lado, echó a andar en sus ocho patas y picó en un pie a Amatista. Amatista sintió un repentino sopor y apenas tuvo tiempo de llegar a la cama y tenderse boca arriba antes de caer en un sueño profundo. La araña echó a andar por la

pierna de Amatista, subió por la cadera y llegó al vientre, trastabilló en el ombligo y bajó hasta la sedosa y rizada maraña, se camufló entre los pelos y quedó inmóvil.

Era un mediodía de verano y el sol se colaba por la ventana entreabierta. Afuera, la arena dorada y el mar azul. Amatista grande caminaba por la rambla de madera con un traje de baño largo hasta la rodilla, a rayas blancas y azules, moviendo rítmicamente las nalgas y murmurando:

—Culo aquí, culo allá. Culo aquí, culo allá.

Un caballero de etiqueta, con monóculo, declaró:

—Muy satisfactoria.

Amatista y el caballero navegaban en un barco, cerca de una playa rusa.

—Aquí el verano es breve —explicó el caballero—. Vamos a su camarote y le pediré que se quite la parte de abajo de su traje de baño.

Ya en el camarote, el caballero se bajó los pantalones hasta las rodillas y se sentó en un canapé. Amatista se quitó la parte de abajo del traje de baño y se sentó a caballito en el regazo del caballero, guiando el pene erecto hacia la entrada de la vagina.

Más tarde el caballero y Amatista, ahora desnudos, reposaban en la cama.

—Háblame de tu infancia —propuso Amatista.

—En mi infancia yo era una niña muy bonita —dijo el caballero—. Me llamaba Mariolina.

Amatista niña y Mariolina caminaban por una playa de arenas multicolores.

—En el futuro volveremos a encontrarnos —dijo Mariolina—. Tú serás una muchacha de pechos redondos y pelo color de miel, y yo seré un caballero con monóculo y pene erecto.

En ese momento se levantó un fuerte viento y las franjas de colores de la arena empezaron a girar en círculos.

—¡Vuelvan, niñas! —gritó la niñera desde la terraza del hotel. Amatista y Mariolina corrieron bajo el cielo pesado y gris y las arenas volvieron a su color natural. Las niñas llegaron al hotel en medio de truenos y relámpagos.

Atravesaron el vestíbulo, subieron la escalera y llamaron a la puerta de una habitación.

—Ahora no puedo abrir, estoy haciendo una friega de alcohol alcanforado —respondió una voz desde adentro.

—Número de habitación equivocado —dijo Mariolina.

Estaban a punto de golpear en la siguiente puerta cuando ésta se abrió y las dos niñas cayeron al suelo boca abajo. Afuera se había despejado el cielo, el sol se colaba en franjas paralelas por la ventana entreabierta e iluminaba el cuerpo desnudo de Amatista grande, acostada de espaldas en la cama y sumida en un profundo sopor. Amatista niña y Mariolina se levantaron, cerraron la puerta y se acercaron a la cama.

—Déjala —dijo Amatista niña al ver que Mariolina extendía una mano para tocar a la durmiente—. Soy yo misma.

La araña camuflada en el vello púbico de Amatista intentó salir de allí y escapar hacia la inglete, pero Mariolina ya la había visto.

—Vive —dijo, tomándola delicadamente por una pata. Enseguida la arrojó por la ventana.

Amatista despertó de su sueño, miró a las niñas y preguntó:

—¿En qué piensan todos los días?

—En las partes genitales de los hombres —respondieron las niñas a dúo.

—¿En qué más? —preguntó Amatista.

—En las partes genitales de las mujeres —respondieron las niñas.

—¿Y en qué aparentan pensar?

—En el álgebra, las religiones de la India, la lengua francesa y las zonas de vegetación tropical.

—¡Fuera de aquí! —gritó Amatista grande, saltando de la cama y empujando a las niñas hacia la puerta, mientras Amatista niña trataba de acercarle un frasco sospechoso a la nariz y a Mariolina empezaban a brotarle pelos en el monte de Venus.

—¡Fuera, fuera! —gritó Amatista mientras abría la puerta y las sacaba del cuarto a puntapiés. Las niñas cayeron hechas

un ovillo en el corredor alfombrado y Amatista cerró la puerta de un golpe.

Querido doctor, debo interrumpir un momento el relato. Veo que todo anda bien: respiración tranquila, masturbación suave, sin urgencia de nada. Le ruego que continúe de la misma manera. Volvamos al alfabeto: A mayúscula cursiva, transparente, luminosa, con arabescos, con contornos a veces nítidos, a veces indecisos, la B, la C... luego un desorden de letras que bailan y se mezclan, hasta que ella entra en la habitación. Ella o él, es difícil decirlo, porque a pesar de los pechos redondos y firmes, los cabellos rubios y rizados y la cara extraordinariamente maquillada, con pestañas postizas y lunares pintados, la boca muy roja y brillante y los párpados turquesa, el gran tajo de la falda descubre al caminar unas piernas musculosas y velludas. Nos entregamos con unción al misterio de este ser coqueto que es hombre y mujer, mujer y hombre.

¿Qué pasa, doctor? ¿Se agita? Mire como él-ella

se mueve con la música, gira para levantarse la falda y mostrarnos su culo redondo, vuelve a girar y se inclina para mostrarnos sus pechos, sonríe con su boca pintada, nos envuelve en las ráfagas de su perfume violento, embriagador; despacio, doctor, veo que lo tiene grande y erguido, completamente fuera de la bragueta, trátelo con suavidad, no se apresure,
ella-él

gira cuarenta y cinco grados, ahora se abre el tajo de la falda y nos muestra la pierna musculosa y velluda, ahora se pone de frente, muestra el pene erecto que abulta bajo la falda, se vuelve y muestra una vez más el trasero, se aleja con pasitos de *ballet*.

—Deseo culminar, señora.

—Está bien, doctor, continúe con intensidad creciente hasta derramar su jugo.

—Salgamos, doctor. A esta hora la ciudad está desierta, y doblando la próxima esquina está la calle que lleva a la playa. Celebro que haya dejado la ropa formal y se haya puesto un *short* y una remera. La playa está desierta también, hunda los pies descalzos en la arena y caminaremos hasta la orilla. Deme la mano.

—Señora...

—¿Sí, doctor?

—Cae maná del cielo.

—¿Qué se hace cuando cae maná del cielo?

—Se mira hacia arriba y se abre la boca, señora.

Los leños chisporrotean en el hogar. Es bueno, doctor, estar en una habitación tan acogedora, porque afuera nieva. Hoy la consigna es que se quite toda la ropa y se acueste en la cama boca abajo, eso es, aflójese y dispóngase a escuchar la continuación de la historia. Recuerde la consigna: no darse vuelta, permanecer, si es posible, inmóvil, las manos apoyadas en la sábana a la altura de los hombros. Voy a usar una crema suavizante con aceite de pepitas de durazno y muy delicado perfume. Sólo sentirá un frío juguetón con el primer contacto y enseguida el masaje generará calor. Comenzaré por los huecos detrás de los dedos del pie izquierdo. No habrá centímetro de su piel por donde no pasen mis dedos. Desde las plantas de los pies recorrerán el camino a lo largo de sus piernas, deteniéndose aquí y allá, presionando apenas donde me lo indique mi inspiración, hasta llegar a los pliegues y lugares secretos.

Amatista estaba bebiendo un Alexander en la confitería Las Violetas. Lo bebió hasta la última gota, llamó al camarero, pagó la consumición y se dirigió hacia el fondo de la confitería. Llevaba un estupendo vestido de *crêpe-georgette* azul, con lentejuelas en la bata y guantes a tono, largos hasta el codo. Se dirigió sin vacilar a una puerta con un cartel que decía PRIVADO, la abrió y entró sin llamar. La puerta se cerró automáticamente a sus espaldas. Amatista se encontró en una habitación cuadrada, con un diván y unos almohadones distribuidos en la espesa alfombra por todo mobiliario. Como bien podrá usted imaginar, doctor, reclinado en el diván estaba Pierre, el muchacho del establo, completamente desnudo. En cuanto vio entrar a Amatista se incorporó, presentándole el pene erecto. No se mueva, doctor. Este es un momento clave. Le estoy recorriendo con las yemas de los dedos los pliegues debajo de las nalgas, hasta llegar a un

lugar límite, central, el límite de la raya del trasero con las pelotas, y perdóneme el vocabulario popular; por favor, separe apenas las piernas para que pueda acariciárselas con un roce muy leve. Ahora le recorreré la raya del trasero con un roce casi etéreo. Una leve carrera de los dedos por la columna vertebral y vuelvo al lugar escondido.

—Quítate el calzón, Amatista —dijo Pierre.

Amatista se lo quitó y lo arrojó, junto con el bolso, a un rincón. Se levantó la falda del vestido azul pastel y se colocó a horcajadas sobre Pierre, usando su mano enguantada para guiar el pene erecto hacia la entrada de la vagina. Disculpe el lenguaje técnico, doctor, y dese vuelta despacito. Recuerde que hoy no debe masturbarse usted mismo. Bellísimo su pene erecto, y usted mismo está hermoso, con los ojos cerrados, la respiración un poco acelerada.

Amatista y Pierre empezaron a moverse con calma. Amatista subía y bajaba sobre el cuerpo de Pierre, con el vestido azul pastel arrollado hasta la cintura.

—Quítate los guantes, Amatista —pidió Pierre en voz baja.

Amatista se los quitó sin dejar de subir y bajar suavemente, y los arrojó a la alfombra. Subió y volvió a bajar. Pierre alzó un poco la pelvis y la penetró más a fondo. Amatista gimió, subió y volvió a bajar, y volvió a subir y a bajar, y una vez más, y otra, más rápido, cada vez más rápido y más intenso, ahora sí, doctor, hágase la paja. Pierre eyacula. Amatista se deja caer junto a Pierre, y como no ha culminado se frota enérgicamente el clítoris, cada tantos frotos hunde un dedo en la entrada de la vagina y después vuelve lentamente al clítoris, ahora, ahora, doctor, mástúrbese con fuerza para culminar.

Lamento, doctor, que el final me haya salido como el relato de un partido de fútbol. A veces salen así los relatos de la culminación de los coitos. Disculpe también que Amatista y Pierre no hayan tenido un final sincrónico, pero eso rara vez sucede. El que culmina segundo se hace la paja y a otra cosa.

Amatista y Pierre se quedaron charlando en el diván de la habitación que decía PRIVADO, en la confitería Las Violetas.

Ahora Amatista estaba completamente desnuda. Pierre jugueteaba con el vello púbico de la joven, enredándose los dedos en él.

—¿En qué piensas? —preguntó Pierre.

—En Minnie —respondió Amatista.

—¿Quién es Minnie?

—La novia de Mickey.

—¿El ratón Mickey?

—Sí. Veo al ratón Mickey, a su novia Minnie, al pato Donald, a la vaca Clarabella y a Blancanieves.

—¿Qué hace Blancanieves entre los demás?

—Fue dibujada por la misma mano.

El dedo índice de Pierre visitaba detalladamente el interior del pequeño templo de Amatista, donde nuevas y tibias humedades lo recibían con alborozo.

—¿Qué hacen todos esos dibujos?

—Juegan, retozan.

—¿Tienen órganos sexuales?

—No. En lugar de órganos sexuales tienen guantecitos blancos.

Amatista alzó la mano del vello púbico de Pierre y la acercó, blanca paloma, casi hasta rozar el pene. La yema del dedo índice se detuvo a una fracción de milímetro de la parte anterior, cerca de la punta. Ahora respire hondo, doctor, porque voy a tomarle el pene con toda la mano y no quiero que culmine enseguida. Amatista se ha puesto boca abajo y Pierre le acaricia la zona lumbar. Pierre se ha incorporado y se lo ve en toda su rústica belleza; no hay que olvidar que es el muchacho del establo, aunque por su refinamiento para acariciar podría ser un príncipe. Amatista misma le enseñó a acariciarla. Primero le quitó la virginidad. En efecto: a los dieciocho años Pierre era virgen, cosa extraña en un mozo de campo, pero es que era muy tímido y había estado trabajando en el establo de un monasterio los últimos cinco años. Es fácil suponer la impresión que le habrá causado, después de cinco años sin siquiera ver una mujer y en la única compañía de los ancianos monjes, la súbita aparición de Amatista.

Pierre vio por primera vez a Amatista en el refectorio del

monasterio, sentada ante la larga mesa, comiendo un pastel de corteza crujiente. Eran las tres de una calurosa tarde de verano y los monjes estaban en sus celdas, entregados a una larga siesta. Esto, por un lado, tranquilizaba a Pierre, pero las mujeres tenían estrictamente prohibida la entrada al monasterio, y aunque Amatista había entrado por sus propios medios, si alguno de los monjes se levantaba y la veía, Pierre podía perder su empleo de inmediato. Además, a Pierre le daba muchísima timidez abordar a esa muchacha tan hermosa y refinada, él que no era más que un rústico campesino.

Amatista estaba tan ocupada comiendo el pastel que no oyó entrar a Pierre, quien permaneció inmóvil hasta que Amatista devoró las últimas migas y levantó la mirada. Al ver a ese rústico mocetón parado frente a ella se le pasó una sola idea por la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Soy Pierre, el muchacho del establo —respondió él.

—¿Dónde está tu jergón, Pierre?

—¿Mi jergón? —dijo Pierre, muy sorprendido.

—Sí, tu jergón. ¿Acaso no duermes en un jergón en un rincón del establo?

Pierre, que ni en sus más locas fantasías se había visto con una mujer en su jergón, señaló con timidez un rincón detrás de los compartimientos de las vacas. Allá fueron los dos y, sin tardar un segundo, Amatista se quitó la blusa blanca y la falda paisana de color violeta que se había puesto para su solitaria excursión al campo. El corpiño y el calzón eran de raso con encaje. También se los quitó, ante los ojos azorados de Pierre. Cuando Amatista volvió a mirar a Pierre y vio que seguía con la ropa y los zuecos puestos, soltó una carcajada.

—A ver, empecemos por lo esencial —le indicó al pobre Pierre, que estaba trémulo—. Vamos a poner al pájaro en libertad.

Y en menos de lo que se tarda en contarle le desabotonó la bragueta del pantalón de tela basta y dejó al descubierto el pene, que ya estaba completamente erguido. Los rápidos movimientos de Amatista tomaron a Pierre tan de sorpresa

que sólo atinó a agarrarse el miembro con la mano derecha, como si quisiera ocultarlo.

—Tranquilízate —dijo Amatista riendo, mientras la yema del dedo medio de su mano derecha volaba a su acostumbrado lugar sobre el clítoris. Pierre seguía de pie junto al camastro con el miembro en la mano, observando, como en un trance, los frotos que se daba Amatista en la húmeda rosa entreabierta.

—Quítate el pantalón y la camisa, Pierre —ordenó Amatista sin dejar de frotarse—, y no te asustes; hoy no habrá penetración. Por tu forma de comportarte veo que eres virgen. Ven, acuéstate a mi lado —prosiguió—, no voy a forzarte. Será como si tú mismo te hicieras la paja.

Una vez que Pierre estuvo tendido en el jergón boca arriba, con los ojos cerrados, Amatista comenzó a masturbarlo ella misma, con gran suavidad al principio, pero imprimiendo gradualmente más rapidez y más fuerza a los movimientos de la mano que aprisionaba el pene. La respiración de Pierre se aceleró hasta el jadeo, y entonces Amatista apartó la mano. Cuando sintió que Pierre se había serenado, Amatista volvió a empezar. Después de haber repetido varias veces este proceso, y mientras Pierre descansaba, Amatista estaba masturbándose ella misma y preguntándose si realmente debía respetar tanto a ese rústico campesino, cuando súbitamente Pierre se inclinó sobre ella, apartó la mano de Amatista del interior de la rosa, y la penetró con fuerza, aunque no con rudeza.

Muy bien, doctor, veo que no se ha apresurado y que ha sabido retener su jugo como un ser humano. En esto se diferencia un hombre de un ser de especie inferior, en saber guardar su jugo.

Pierre tomó a Amatista tan de sorpresa que ella sólo atinó a acompañarlo en el movimiento de vaivén, y a contraer la vagina cuando Pierre entraba a fondo y aflojarla mientras se retiraba un poco, para volver a hundirse en ese túnel delicioso, pero no hizo nada por retardar la culminación y en pocos movimientos más Pierre quedó inmóvil, abrazado a su cuerpo y gimiendo acompasadamente. Cuando se dejó caer a

su lado, Amatista lo dejó reposar unos instantes, y luego tomó su mano para llevarla a la rosa todavía anhelante. Pero Pierre no necesitaba guía. Amatista sintió, sorprendida y encantada, que la yema del dedo mayor de Pierre recorría con gran seguridad su pequeña geografía muelle y húmeda, graduaba a la perfección las caricias y los frotos y la llevaba sin esfuerzo a la cumbre.

Unos segundos después sonaron cinco campanadas. Pierre saltó del jergón como un resorte, porque a las cinco y media los monjes entrarían en el refectorio a tomar el té. Si Amatista no escapaba de inmediato, se cruzaría con la fila de monjes que venían desde sus celdas.

Minutos después Amatista atravesaba como una exhalación el portón de entrada del monasterio, y Pierre volvió a sus tareas como si nada hubiera pasado.

Como decíamos antes, Amatista y Pierre retozaban sin prisa en la habitación con el cartel de PRIVADO, en la confitería Las Violetas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquel primer encuentro en el monasterio? No mucho, pero Pierre ya no estaba tan rubicundo, y la elegante ropa deportiva que había dejado caer en la alfombra explicaba que nadie se hubiera asombrado al verlo entrar nada menos que en la confitería Las Violetas, con su clientela de damas y caballeros circunspectos, de edad mediana a avanzada, que consumen Hesperidina, Fernet y helados mixtos.

Lo cierto, doctor, es que Pierre ya no vive en el monasterio sino en la ciudad, y se ha convertido en un joven refinado. Mírelo ahora, doctor, con Amatista. Ya no están en el diván, sino sentados en la espesa alfombra de la pequeña habitación. La espalda de Pierre se apoya contra el costado del diván, y Amatista está delante de él, dándole la espalda, como dos remeros en el mismo bote. Pierre atesora en cada mano una soberbia teta de Amatista, y Amatista tiene bien apoyadas las nalgas en las ingles de Pierre. El pene (de Pierre, valga la redundancia) está profundamente hundido en la vagina (de Amatista, valga otra vez la redundancia). Lo

que ningún ojo puede ver es la poderosa contracción muscular en toda la zona baja de Amatista, incluido también el esfínter anal, contracción que durará unos segundos en que Pierre sentirá su miembro deliciosamente apresado. En el mismo instante en que afloje la contracción, Amatista se separará un poco de Pierre, permitiendo que el falo se deslice casi hasta la entrada de la vagina. Entonces Pierre abandonará un momento las tetas de Amatista para tomarla firmemente por las caderas y volver a hundirle el pene... lentamente, siempre muy lentamente, doctor. Veamos esto en la práctica. A ver, deje que use mi mano para guiar el falo. Perfecto, bien a fondo. Ahora la fase estática con la contracción muscular. Este ejercicio puede acompañarse de inspiraciones profundas hacia el bajo vientre y exhalaciones por la boca. Inspire mientras entra el falo. Retenga el aliento mientras hago la contracción. Exhale por la boca, lentamente, mientras me separo un poco para permitir que se deslice el falo, pero no lo dejemos salir del todo: ahora vuelva a penetrar con delicadeza, con toda parsimonia. Una vez que ha llegado al fondo, Pierre vuelve a ahuecar las palmas de las manos para tomar las tetas de Amatista, y masajea los pezones con los pulgares mientras se intensifica esa deliciosa presión alrededor de su pene en el cálido y húmedo interior de Amatista.

Repose, mi querido doctor, y recordemos el verano que Pierre y Amatista pasaron en el campo. Pierre volvió a su medio natural, pero no entre los monjes. Vivían en una casa en la alameda y se portaban como dos desaforados. Cuando no estaban haciendo el amor entre los dos, se tendían a masturbarse al sol. A veces, mientras descansaba entre paja y paja, a la sombra de un árbol gigantesco, Pierre veía pasar a Amatista, desnuda, acompañada por el caballero con monóculo, no menos desnudo que ella ni menos refinado.

Un día Amatista caminaba distraída, contemplando las aves, las flores y los frutos, cuando el caballero del monóculo la abrazó desde atrás, oprimiéndole los pechos con las manos.

Mientras se masturbaba, Pierre vio tenderse a Amatista en el pasto, a pleno sol, y comenzar a masturbarse ella misma, cumpliendo, tal vez, con un pedido del caballero, que mientras la observaba se masturbaba de pie sin que se le cayera el monóculo. Después, Amatista y el caballero se tendieron junto a Pierre a disfrutar de una siesta bajo el árbol gigantesco, y Amatista soñó que estaba en medio de una multitud de personas desnudas. Todos los cuerpos eran agradables, aunque no fueran perfectos.

Dos jóvenes llevaban a una muchacha sentada sobre sus manos entrecruzadas, en sillita de oro. La muchacha apoyaba las manos en los hombros de los jóvenes y restregaba las asentaderas en las palmas de las manos de éstos. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta y gemía suavemente. Una mujer enseñaba a un jovencito a masturbarse postergando la eyaculación. Estaban sentados frente a frente y ella misma le apartaba la mano cuando lo veía acelerar los movimientos. Unos pájaros volaban sobre sus cabezas, piando. Una muchacha se columpiaba colgada de una rama de un árbol, y al columpiarse pasaba con las piernas separadas sobre la cara de un muchacho joven parado bajo la rama, y él le rozaba con la lengua el interior de la rosa entreabierta. Grupos de varias personas se revolcaban blandamente en la hierba, rodaban unos sobre otros oprimiendo al pasar un pene, una teta, hundiendo un dedo explorador entre los carnosos pétalos de alguna rosa húmeda.

Era el atardecer. Amatista vio en el sueño al caballero con monóculo, que dulcificaba su expresión habitualmente severa y arrojaba hacia lo alto el monóculo. En lugar de describir una curva y caer, el monóculo siguió ascendiendo y llegó a una nube rosada donde un ángel tocaba la lira, enredándose el pene erecto entre las cuerdas.

—Qué bien me viene —exclamó el ángel atrapando el monóculo al vuelo—. Soy tan miope que nunca sé bien si toco una cuerda de la lira o mi pene, y tengo sensaciones poco celestiales.

—No temas —respondió desde otra nube un ángel que tenía buena vista—. Todas las partes de nuestro cuerpo han

sido inventadas por el Altísimo y son, por lo tanto, un milagro. Mira si no es un milagro que eso, que antes estaba tan flojo y pequeñito, de pronto haya crecido y se haya enderezado así.

El ángel que se enredaba el pene entre las cuerdas de la lira sintió de pronto que el pene se soltaba bruscamente, no sin antes imprimir al instrumento una vibración poderosa como una campanada; todos los ángeles del cielo se pusieron alerta y se prepararon a oír las palabras del Altísimo.

También allá abajo la gente desnuda, con sólo mirar hacia arriba, veía al Altísimo y a los ángeles. Se formó así un gran auditorio de ángeles y mortales que se preparaban a escuchar la palabra del Altísimo.

Desde la nube más alta el Altísimo, cubierto, él sí, por una túnica blanca, comenzó a hablar con voz armoniosa, cálida y tranquila.

—Hijos míos —comenzó el Altísimo—, hete aquí que voy a comunicaros mi *Nueva Ley*.

Hubo un murmullo entre ángeles y personas, y luego un silencio total.

—Primer Mandamiento —dijo el Altísimo—: Conocerás y explorarás tu cuerpo. Palparás tus carnes y acariciarás tu vello púbico y todas las partes de tu cuerpo, en especial las genitales. Segundo Mandamiento: Aprenderás a usar la lengua, los dedos, los genitales y cada parte de tu cuerpo para acariciar los cuerpos de los otros. Tercer Mandamiento: Te masturbarás cada vez que quieras, solo o en compañía de otros. Cuarto Mandamiento: Probarás todas las posturas, todas las travesuras del placer, inventarás juegos como un niño...

Un gozoso coral interrumpió la enunciación de la *Nueva Ley*; el Altísimo sonrió y se levantó la túnica para mostrar el pene erecto. Un ángel se acercó con un racimo de uvas oscuras, recién refrescadas en un manantial del cielo, y acarició repetidas veces con ellas el falo del Altísimo, quien por fin vertió su divina simiente sobre las uvas. Un clamor de felicidad ascendió desde la multitud de ángeles y personas, y el caballero que había lanzado al cielo su monóculo lo recibió

de vuelta con un golpe seco en la cabeza.

Cuando Amatista despertó ya era de noche. Ella, Pierre y el caballero se dirigieron a la casa de la alameda porque debían vestirse para la cena.

Mi querido doctor, qué gusto encontrarlo en esta terraza frente al mar. ¿Recuerda que la última vez que nos vimos nevaba y usted tuvo que hacer sus ejercicios en una habitación con el hogar encendido? ¿Practicó los ejercicios que le enseñé para retener su jugo? Es indispensable que los caballeros aprendan a retener el jugo si desean pasarlo bien, ya sea solos o con las señoras. Un caballero que deja escapar su jugo demasiado pronto... Hay que saber sufrir el exquisito tormento de la espera. Sentémonos en estos sillones a mirar la fosforescencia del mar mientras bebemos nuestros cócteles. Creo que, si lo desea mucho, puede abrirse la bragueta y acariciarse mientras me escucha, nadie lo verá en este rincón oscuro de la terraza. Sin embargo me gustaría que probara a no tocarse por esta vez, y simplemente sienta crecer y endurecerse su miembro con las imágenes evocadas por la historia.

Habíamos dejado a Pierre y a Amatista en la habitación con el cartel de PRIVADO, al fondo de la confitería Las Violetas. Pierre salió de la habitación impecablemente vestido con ropa sport, y Amatista con el vestido y los guantes hasta el codo azul pastel. Al día siguiente ella, Pierre y el caballero del monóculo decidieron irse a retozar a la montaña. En menos de lo que se tarda en contarlos, los tres se encontraron en Suiza, en verano, y en la ladera de la montaña había ciruelos cargados de fruta. Amatista se quitó el gran sombrero que llevaba, lleno de cintas y flores, y los botines con innumerables botoncitos. Luego se levantó la falda y la enagua almidonada y danzó entre los ciruelos. No llevaba calzón. Pierre y el caballero del monóculo se desabrocharon las braguetas y empuñaron sus penes erectos. Amatista se escondía detrás de los troncos y decía:

—Ciruela, ciruela.

—La palabra «ciruela»... —respondía Pierre.

—... Es la palabra más bella —remataba el caballero, mientras se tumbaba en la hierba boca arriba, habiéndose quitado ya pantalones y calzoncillos.

Aunque nadie lo dijera, los tres sabían que la actitud del caballero era una invitación a practicar lo que ellos llamaban «el emparedado» o, simplemente, «el *sandwich*»: Amatista se ponía boca abajo sobre el caballero, insertando el pene erecto en su vagina, y entonces Pierre se colocaba sobre ella y rápidamente le metía el suyo en el culo, disculpe el vocabulario vulgar. El caballero y Amatista realizaban el clásico movimiento de vaivén mientras Pierre, apoyándose él mismo en rodillas y manos en el suelo para no pesar sobre los otros dos, se mantenía en éxtasis en su posición.

Bien, doctor, dejemos ahora a esos tres jóvenes retozando en la montaña, y vamos a su habitación, que debo ocuparme de la última parte de la práctica de hoy para una culminación feliz.

¿Cómo está hoy, doctor? En este fresco atardecer podemos permanecer en su habitación. Puede masturbarse todo el tiempo, si lo desea, en la forma habitual, es decir, apartando la mano y dirigiendo sus pensamientos a otra cosa cuando sienta que puede culminar. Si desea que yo me interrumpa unos momentos, no tiene más que hacerme una seña; es preferible que, por ahora, no hable durante las prácticas.

Amatista nadaba en aguas turbulentas, con frecuencia dejándose llevar por la corriente. Eran aguas tibias, y se dejaba llevar sin saber adónde.

Adónde. Dónde. De dónde. Palabras como cavernas donde se producen ecos como campanadas. La corriente comenzó a aquietarse, y pronto Amatista se encontró nadando en aguas mansas y se acercó a la orilla. Como las aguas eran poco profundas, se paró en el fondo y caminó hasta la arena seca. El vestido empapado de algodón lila que llevaba puesto se secó rápidamente con la brisa. Amatista se dirigió hacia una casa blanca que divisó en la distancia, entre los árboles. En el tronco de un árbol había un cartel con una flecha que apuntaba hacia la casa:

HOSTERÍA EL PENE ERECTO

Era un lugar muy agradable, con la planta baja ocupada por un gran salón con paredes de vidrio. El piso estaba cubierto por una alfombra de color verde seco. Un sector del salón estaba ocupado por mesitas y sillas tapizadas; en un extremo había un bar, y detrás del mostrador dos o tres camareros con uniforme de etiqueta. Amatista se sentó en un banco junto a la barra y pidió un Alexander.

—¿Habla español? —preguntó Amatista a uno de los camareros.

—Sí, señora —respondió el camarero.

—Entonces contésteme esta pregunta: ¿dónde estoy?

El camarero se rió a carcajadas; parecía que no creía necesario contestar.

—¿Habla español universal? —le preguntó Amatista.

—Sí, señora —contestó el camarero.

—Entonces éste no es mi país —murmuró Amatista—. No importa —continuó en voz alta—. ¿Puede decirme qué debo hacer?

—Sí, señora. Siéntese en el mostrador a dar la conferencia.

El joven tomó a Amatista por la cintura y la ayudó a sentarse en el mostrador. En el bar se había congregado un pequeño público.

—Me llamo Amatista —comenzó Amatista— y vengo de la ciudad de Buenos Aires. Todas las mañanas, después de desayunar en la cama (café con *croissants*, nada de frutas, ni cereales, ni huevos), me paro ante el espejo a contemplar mis pechos. Enseguida Pierre, el muchacho del establo, entra por la ventana, se desnuda y se para junto a mí ante el espejo a contemplar su pene erecto. Luego él contempla mis pechos en el espejo, y yo su pene erecto.

El pequeño público escuchaba en silencio.

—Luego entra por la ventana el caballero con monóculo —prosiguió Amatista—. Se enfrenta con Pierre y se hacen un saludo de penes erectos. Entre tanto yo me he acostado en la cama boca arriba y me masturbo contemplándolos. Luego uno de ellos se inclina sobre mí y me penetra mientras el otro se masturba de pie al lado de la cama. Los dos jóvenes se alternan en penetrarme y masturbarse.

Un joven del público levantó la mano y, cuando Amatista lo autorizó a hablar, preguntó en qué forma se producían las culminaciones.

—No tenemos costumbre de culminar por la mañana —respondió Amatista—. Solemos culminar por primera vez al atardecer. Si me permiten, ahora voy a recitarles el poema —agregó.

Amatista tomó el vaso y bebió lo que quedaba del

Alexander; el camarero se apresuró a retirarlo para traerle otro. Amatista recitó de un tirón:

Yo me masturbo
Tú te masturbas
Él se masturba
Nosotros nos masturbamos
Vosotros os masturbáis
Ellos se masturban

—Yo sugeriría —dijo Amatista a continuación— que junto con la forma «Vosotros os masturbáis» se incluya la forma «Ustedes se masturban», que es la habitual en mi país para la segunda persona del plural en verbos de primera conjugación. En la Argentina nadie dice «Vosotros os masturbáis». Pero como nadie dice tampoco «Ustedes se masturban», si se trata de una cuestión de frecuencia puede pasarse por alto. Mi sugerencia de usar para la segunda persona del singular «Vos te masturbás» en lugar de «Tú te masturbas» ya fue rechazada en otros lugares por localista y no universal. Como ustedes saben, la forma «Vos te masturbás» proviene de la forma «Vos os masturbáis (Majestad)», pero creemos que esta forma nunca fue usada por nadie, salvo que un médico de la corte se la haya espetado a algún joven príncipe ojeroso, en la época en que se creía que los jóvenes que se masturbaban se ponían ojerosos y podían llegar a enfermar. De todas maneras no hay documentación al respecto.

El público escuchaba con gran atención. Algunos se habían puesto los anteojos y tomaban nota. Un camarero caminaba entre las mesas sirviendo cócteles. Amatista decidió dar por terminada la conferencia; se deslizó del mostrador al suelo, el joven camarero dejó la bandeja, le rodeó la cintura con un brazo y echaron a andar hacia la puerta.

—No me digas que tienes el pene erecto —dijo Amatista.

—Dejaremos eso para más tarde —dijo el joven con una sonrisa—. Ahora saldremos a caminar.

Bien, doctor, ¿cómo está? Si todo ha salido como espero, debe haberse sentido levemente excitado por momentos, pero no como para llegar a sufrir por no poder culminar. Tratemos de proseguir de la misma manera.

Amatista y Pierre dormían entre las sábanas de seda del lecho de Amatista. Amatista se despertó, encendió el velador y miró el reloj de cuco en la pared: las dos de la mañana. Hacía dos horas que ella y Pierre dormían. Pierre se movió, inquieto, y dejó escapar un suspiro.

—¿Que sueñas, Pierre? —preguntó Amatista en voz baja.

—Sueño que estoy sumergido hasta el pecho en un arroyo de aguas templadas, y a mi alrededor nadan varios cisnes. Ahora floto de espaldas y tengo el pene erecto.

—Cuando no, Pierre —murmuró Amatista, sonriendo.

Pierre no pareció oírla y no se despertó.

—Sueño que hago el amor con un cisne —continuó Pierre—. Es un cisne blanco, muy grande. Penetrarlo es como penetrar a una mujer.

Amatista montó diestramente sobre Pierre, guiando con su mano el pene erecto para que penetrara en la vagina.

—Sí, Pierre —dijo con la respiración entrecortada—, estás haciendo el amor con un cisne.

—Los otros cisnes nos miran —dijo Pierre jadeando, mientras Amatista subía y bajaba sobre él.

Pierre fue despertando poco a poco y, cuando eyaculó (disculpe el lenguaje técnico, doctor), se había olvidado de su sueño.

Amatista bajó de la cama a buscar una manta, porque el aire se había enfriado un poco en la habitación. Ya bien abrigada junto a Pierre, le preguntó:

—¿Por qué te llamas Pierre?

El muchacho la miró, asombrado.

—¿Cómo? ¿No lo sabes? Soy una traducción del ruso al francés, de la época en que se estilaba traducir también los nombres propios.

Bueno, es usted un pícaro, doctor. Esta vez eligió no

masturbarse. Así me gusta, que se sienta dueño de su pene. Usted manda.

Como decíamos, Pierre se refinó notablemente en la época que siguió a su traslado a Buenos Aires; pasó de ser un rústico campesino que limpiaba un establo a ser un joven sofisticado de Buenos Aires. Amatista lo inició en una serie de hábitos agradables para los dos: bañarse con jabones finos, usar ciertas fragancias masculinas, vestirse como un joven de ciudad, gozar de la música, en especial de los boleros en español y los

fox-trots

en inglés, beber té con una gota de leche fría, practicar algunos deportes y mantener conversaciones disparatadas, y, sobre todo, bailar apretado y contener sus campesinos impulsos de tumbar a Amatista en cualquier parte y lanzarse sobre ella con el pene erecto. Le enseñó que siempre se puede esperar, que ningún grado de excitación debe convertir a un hombre en una especie de grifo que se puede hacer funcionar con sólo tocarlo.

Una tarde Amatista y Pierre fueron a bailar a una confitería oscura, en una de las calles laterales que dan a la avenida Santa Fe, poco más allá de Pueyrredón. La confitería estaba en un subsuelo, no exactamente un sótano, pero una vez atravesada la entrada, había que bajar unos escalones y uno se encontraba en un lugar tenuemente iluminado, con una atmósfera pesada de alcohol, perfumes de mujer y un dejo de humo de tabaco turco. La primera impresión era que no se podía respirar ese aire tan denso, pero enseguida se empezaba a disfrutarlo.

No se preocupe, doctor, por la falta de erección en esta parte del relato. En primer lugar yo nunca me comprometí a mantenerlo erecto todo el tiempo, y en segundo lugar no sería conveniente: terminaría usted por cansarse y mis relatos dejarían de ser eficaces. Le decía que en el mes de octubre — cuando la primavera, por más indecisa que se presente en Buenos Aires, ya le ha ganado al invierno y a veces hasta hace gala de un clima veraniego—, Amatista y Pierre fueron a bailar a la confitería oscura; Pierre muy serio y formal, con

un traje claro para la media estación; Amatista, bellísima como siempre, con un vestido de color verde Nilo y guantes hasta el codo del mismo color.

Esta vez Amatista no pidió un Alexander, sino un cóctel de *gin* y vermut francés con una cascarita de naranja en el borde del vaso. Cuando el camarero colocó los vasos en la mesita y encendió las cáscaras de naranja con un fósforo, dos delicadas columnas de humo embalsamaron el aire y transportaron a los jóvenes a un nebuloso lugar.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Amatista a Pierre.

—Estoy pensando que soy aviador —respondió Pierre.

—¿Eres aviador?

—Lo sabías. Te lo dije cuando estábamos en mi jergón, en el establo.

—¿Me lo dijiste mientras te estaba desvirgando? Disculpa la expresión desembozada.

—No me estabas desvirgando. Pensaste que yo era virgen, pero yo no te lo confirmé.

Amatista sonrió y se encogió de hombros. Las cascaritas de naranja se habían apagado, pero persistía el aroma.

—¿Adónde irás con tu avión? —preguntó Amatista.

—A una playa del Caribe —respondió Pierre.

Amatista sorbió el cóctel. La mezcla era ardiente y fresca a la vez. Los dos bebieron en silencio. Por los altavoces se oyeron las primeras notas de *Pon tu cabeza en mi hombro*. Pierre tomó la mano de Amatista y la oprimió. Se levantaron sin soltarse las manos y fueron hacia la pequeña pista de baile, en un ángulo del salón, aunque también se bailaba entre las mesas. Ya había varias parejas bailando, estrechamente abrazadas y casi sin moverse de su lugar. Pierre rodeó con un brazo la cintura de Amatista y ella pasó un brazo sobre el hombro de Pierre. Se tomaron las manos que les quedaban libres, Pierre llevó la mano de Amatista hasta su pecho y aumentó la presión del brazo que rodeaba la cintura de la joven para atraerla más hacia él. El abrazo los ponía en contacto sólo de la cintura para arriba. Comenzaron a moverse con *Pon tu cabeza en mi hombro*. El abrazo se completaba y se hacía más estrecho a medida que bailaban.

La segunda vez que el cantante dijo *Pon tu cabeza en mi hombro*, ya los cuerpos de Amatista y Pierre estaban íntimamente unidos y el brazo de Pierre se desplazaba lentamente por la espalda de Amatista, oprimiendo aquí y allá, la mano bajaba y presionaba secretamente la zona lumbar. Amatista apoyó la cabeza en el hombro de Pierre y sus labios rozaron el cuello del joven. Mientras se movían lentamente con la música, Amatista tenía ya los pétalos y el botoncito tibios y húmedos, con esa deliciosa humedad resbaladiza que hace más fáciles las caricias prodigadas con la yema del dedo, la lengua o el pene, y que permite también imprimir más rapidez a las caricias hasta convertirlas, si se desea, en el más intenso frote. Pero por ahora la prieta rosa de Amatista estaba cubierta por el calzón de raso blanco y el vestido verde Nilo, y Pierre sólo podía insinuar el muslo entre los muslos de Amatista, sabiendo que de ese modo le rozaba el monte de Venus. Pierre ya tenía el pene completamente erecto, apuntando hacia arriba, lo cual no menoscababa su compostura habitual.

Cuando terminó la música, Amatista y Pierre volvieron a su mesa, se sentaron, hicieron algunas respiraciones profundas y reiniciaron la conversación.

—¿Por qué pasaste cinco años en el monasterio, trabajando en el establo? —preguntó Amatista.

—Porque el monasterio quedaba cerca del hangar donde tomaba las clases de aviación los jueves, mi día franco.

Cerca del *hangar*, pensó Amatista. Esa palabra le recordaba algo.

—¿Solamente los jueves? —preguntó.

—Por eso tardé cinco años en completar el curso. Todos los jueves durante cinco años.

Amatista sonrió y lo miró a los ojos. Bebieron el cóctel hasta la última gota. Recomenzó la música; esta vez era *Sólo sucede cuando bailo contigo*. Pierre se levantó sin decir palabra y Amatista lo siguió a la pista. Antes de empezar a moverse Pierre procedió al abrazo, pero de forma diferente. Rodeó con sus brazos la cintura de Amatista y ella unió sus manos detrás de la nuca de Pierre. El excitante perfume de Pierre se

mezclaba con la atmósfera pesada del bar y Amatista se sentía al borde del vértigo. Al completarse el abrazo y empezar a moverse con la música, Amatista percibió el pene erecto de Pierre contra el monte de Venus y se frotó levemente contra él. El rostro sereno de Pierre no revelaba nada de lo que estaba pasando. Ahora es un hombre de mundo, pensó Amatista, sonriendo al recordar aquella tarde en el monasterio, y la larga fila de monjes que había comenzado a ver en la distancia mientras corría entre los árboles para escapar de allí. Ahora todo eso le parecía irreal. Abrazada a Pierre, se dejó llevar por la música y los perfumes.

Veo, doctor, que se ha desnudado de la cintura para abajo, pero no se toca el pene, y bien erecto que está. Simplemente me escucha con los ojos cerrados, el rostro sereno, las manos entrecruzadas detrás de la nuca. Si lo hace para impresionarme, le aseguro que lo ha conseguido. ¿O es que simplemente se deja acariciar por el humito de cáscara de naranja y *gin*? Creo que está tratando de independizarse de mí, y me parece muy bien. Pero no puede negar que ha progresado mucho conmigo; ¿recuerda aquellas primeras veces, cuando no sabía retener su jugo ni dos minutos? Bien, hoy lo dejo en libertad y no le doy más consignas, pero es bueno que sepa que este capítulo es largo y da para dos o tres pajas bien aprovechadas, disculpe el lenguaje directo. Voy a pedir que enciendan el hogar para que pueda, si quiere, desnudarse del todo; antes de que entre el camarero correré las colgaduras de la cama con dosel y aparentaré estar atareada con unos papeles en el escritorio.

Cuando la música terminó, Amatista y Pierre volvieron a la mesa y pidieron un segundo cóctel. Segundo y último, porque sabían cuál era la cantidad justa que debían beber para poder gozar después de unos amores vigorosos y enteros. Esta vez Pierre se sentó al lado de Amatista. Amatista pidió un Alexander y Pierre una medida de cognac con una medida de cointreau. El camarero trajo las copas y bebieron en silencio. Recomenzó la música. Esta vez era *Junio en enero* (referido al hemisferio norte). «Es junio en enero

porque estoy enamorado, sólo porque estoy enamorado, contigo en mi corazón». Pierre tomó entre sus manos la cabeza de Amatista y la besó en la boca. El beso duró lo que la canción; las lenguas se amaban, irradiando placer por todo el cuerpo. Pierre sintió la urgencia de hundir el pene erecto en la rosa entreabierta de Amatista; Amatista imaginó que estaba en la cama, con las piernas separadas y recogidas contra el pecho para que cuando Pierre la penetrara ella pudiera apoyárselas en los hombros. Una mano de Pierre se insinuó entre sus rodillas por debajo del mantel de la mesita, le oprimió una y otra cara interna de los muslos y subió hasta la entrepierna, donde sus dedos encontraron el borde del calzón. El «calzón», deliciosa palabra para cubrir el vientre de Amatista, el culo de Amatista, la sedosa maraña sobre el monte de Venus. En ese momento cesó la música y Pierre y Amatista se estremecieron como si salieran de un sueño.

En el mismo edificio de la confitería había habitaciones para quienes, una vez agotadas todas las intimidades posibles en la confitería oscura, deseaban encontrarse en soledad, sin ropa y en un cómodo lecho. Llamaron, pues, al camarero para pagar la consumición y le solicitaron una habitación. En la bandejita donde el camarero trajo el cambio venía también una llave sujeta a un llavero de cuero con el número 108. Pierre deslizó la llave en su bolsillo. El estupendo perfil de Amatista se desdibujaba en las penumbras cargadas de humo. Pierre y Amatista se levantaron, caminaron hacia el fondo del salón y pasaron por una puerta que decía PRIVADO a un corredor alfombrado, apenas más iluminado que el salón. Una lucecita verde señalaba la puerta del ascensor. Cuando la puerta del ascensor se cerró, Pierre tomó a Amatista en sus brazos y durante el lento ascenso le hizo sentir el pene erecto contra el pubis. Salieron del ascensor a otro corredor igualmente alfombrado y en semipenumbra; Pierre se adelantó para abrir la puerta de la habitación 108.

Amatista y Pierre se abrazaron de pie, junto a la cama. Pierre sólo se había quitado la chaqueta y Amatista había dejado su bolso y sus guantes en una silla. Mientras sus bocas, profundamente interpenetradas, se entregaban a las

más deliciosas orgías, Pierre alzó la falda de Amatista y le palpó los muslos, las caderas, las nalgas; sus dedos encontraron el borde del portaligas, bajaron hasta encontrar los broches de goma que sujetaban las medias y los desprendieron. Luego desprendieron los ganchitos que cerraban el portaligas en la parte posterior de la cintura. Mientras retiraba el portaligas Pierre rozó apenas el monte de Venus sobre el raso del calzón. La lengua de Amatista respondió con renovado ímpetu, buscando con rápidos movimientos la lengua de Pierre. El portaligas cayó a la alfombra y Pierre acostó delicadamente a Amatista en la cama. Luego se quitó la camisa, la corbata y los pantalones, pero se dejó puesto el calzoncillo, ocultando el misterio del falo.

A la escasa luz de un velador de pantalla morada Pierre se inclinó sobre Amatista y le levantó la falda. Contempló, extasiado, el calzón de raso y el borde algo caído de las medias de seda. Se puso de rodillas en la alfombra, a los pies de la cama, y tomó el borde caído de la media derecha. Comenzó a bajarla delicadamente y, a medida que iba desnudando la pierna, depositaba besos en la cara interna del muslo. Comenzó a bajar la otra media. Su boca viajaba de uno a otro muslo, sus manos oprimían las exquisitas carnes de Amatista mientras seguía bajando las medias, su rostro móvil rozaba distraídamente el raso del calzón. Amatista respiraba profundamente, con ritmo lento; mientras Pierre terminaba de quitarle las medias y las dejaba caer en la alfombra, se bajó ella misma el calzón hasta descubrir el ombligo y el bajo vientre. Pierre le quitó el calzón del todo y, sólo después de dejarlo caer en la alfombra, miró el vello oscuro, enmarañado, sedoso. Se quitó el calzoncillo, revelando la serena belleza del falo. Volvió a arrodillarse a los pies de la cama, apoyó las manos detrás de las rodillas de Amatista y le flexionó las piernas sobre el vientre. Luego le separó las rodillas, abriendo el telón del pequeño teatro. Entrecerrando los ojos, inclinó la cara sobre la rosa recién abierta.

Su lengua buscó y encontró el botoncito, mientras las

palmas de sus manos sostenían las nalgas de Amatista. Amatista se acariciaba ella misma los pezones con las palmas ahuecadas, o los pellizcaba entre el pulgar y el índice. La lengua de Pierre se apresuraba, imprimiendo al botoncito y a todo el ser de Amatista una vibración continua de intensidad siempre creciente, hasta que el rápido jadeo dio paso a unos gemidos tenues y graves, que también se hicieron más intensos hasta terminar en un grito ahogado. Pierre depositó un tierno beso en el ombligo de Amatista y la cubrió con la sábana.

Mientras Amatista reposaba, Pierre se sentó en su sillón cerca de la cama, cerró los ojos y se masturbó con vigor. Después de eyacular se tendió junto a Amatista a descansar él también.

Bien, doctor, creo que podemos tomarnos nosotros también un descanso. Si quiere vestirse haré traer el té. Lo veo muy guapo. ¿Guapo? Lo veo muy buen mozo y sonriente. No se preocupe por el camarero, no sabe a qué vengo yo aquí todas las tardes. Ah, llama a la puerta. Mientras deja las cosas en la mesita yo iré a mirar por la ventana. Pero, fíjese usted qué curioso, esta ventana da a un río. Desde aquí se ve el muelle de la casa, que me maten si no estamos en el Delta del Paraná. ¡Qué hermosura! Un sauce inclina su cabellera sobre el agua; a lo lejos se ve un bote con dos remeros. Y esas madre selvas, que parece que salen del agua... ¿Alguna vez se ha bañado en esas aguas, doctor? Son de color marrón, y el fondo es barroso, pero son aguas limpias, el color lo da el barro en suspensión, el limo, qué sé yo, nunca entendí bien por qué, pero ésa es la explicación que dan del color marrón de algunos ríos. Basta con no apoyar los pies en el fondo, nadar en el sentido de la corriente, no pretender volver nadando porque habría que hacerlo contra la corriente. Al llegar al muelle de la casa deshabitada —la casa cubierta de hiedra con los postigos herméticamente cerrados—, subir los escalones de madera y sentarse en el muelle a escuchar el murmullo de los árboles, y más tarde emprender el regreso

caminando por el sendero cerca de la orilla, bajo los grandes pinos. Al llegar al muelle de donde salió, si quiere se vuelve a tirar al agua para nadar en el sentido de la corriente... Si no quiere más té podemos comenzar con la segunda etapa de esta tarde. Ahora la consigna pide que los dos estemos en *robe-de-chambre*. ¿Alguna vez anda en *robe-de-chambre*, doctor?

—No, señora. Cuando no ando vestido ando simplemente desnudo.

—Vaya al baño a cambiarse, y yo me cambiaré aquí. La consigna dice que no debemos vernos desnudos. Mi *robe-de-chambre* es de raso negro. La suya es de color burdeos, con alamares dorados. No podemos desnudarnos, aunque para el coito podemos descubrir nuestras zonas genitales y mirarlas antes del acto, y también, si lo deseamos, durante el acto y después de él.

—Señora, debo confesarle que ya estoy erecto.

—Y yo estoy lubricada, doctor; disculpe el vocabulario de taller mecánico.

—Me encantará que esté bien lubricada cuando la penetre con mi miembro erecto, señora.

—Por supuesto, doctor, podrá entrar y salir con su miembro a su entera satisfacción.

—Ay, señora, ganas me dan de metérselo ya mismo, disculpe la crudeza.

—Está disculpado, pero ya sabe que para aprovechar bien la ocasión hay que cumplir las consignas. Vaya usted a cambiarse, para que yo pueda hacer lo mismo. Podemos seguir hablando a través de la puerta cerrada.

—Sí, señora. Ya está la puerta cerrada. ¿Me oye?

—Le oigo perfectamente, doctor.

—¿Hoy la consigna dice algo sobre las posiciones?

—Absolutamente nada, doctor, pero voy a pedirle que, si no le parece mal, me lo inserte desde atrás, estando yo en cuatro patas en la alfombra.

—Será un placer, señora. ¿Quiere que copulemos hasta terminar en esa misma posición, o retiro el miembro antes de eyacular para entonces adoptar alguna otra postura?

—Esta primera vez le ruego que eyacule en esa posición. Yo culminaré antes o después, no se preocupe. Si culmino antes, usted puede eyacular dentro de mí, o retirarse si siente que se va a demorar, y yo misma le haré la paja. Si usted termina antes, me masturbaré a mí como le enseñé. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señora.

—Bien, salga del baño. Acomódese, como siempre, en el sillón junto a la ventana. Cuando queramos copular lo haremos en la forma acordada. Entre tanto, si se masturba, recuerde que debe retener el jugo. Continuaré con la historia.
—Sí, señora.

Cuando, a los trece años, Pierre entró a trabajar en el monasterio, no sabía que esos monjes no eran monjes y ese monasterio no era un monasterio. En realidad era una comunidad de señores mayores que se habían recluido en la casa perdida en medio del campo y se hacían pasar por monjes para cubrir las apariencias. La casa había sido realmente un monasterio en épocas pasadas, de modo que el engaño era perfecto. Por otra parte no había muchos a quienes engañar, porque el monasterio, como le digo, estaba en el medio del campo, los monjes se autoabastecían de casi todo, excepto algunas cosas que iban a comprar al pueblo una vez por mes, y nadie podía enterarse de lo que hacían cuando, supuestamente, estaban entregados a sus oraciones. Estos señores mayores disfrazados de monjes prefirieron apartarse del mundo y de las mujeres, que les daban miedo, y se dedicaban a masturbarse. Nada los obligaba a la reclusión perpetua, y de hecho muchos volvían al mundo después de un tiempo.

No guardaban voto de silencio, pero hablaban poco, y Pierre sólo descubrió las prácticas, o más bien las verdaderas ceremonias de estos falsos monjes, mirando por el ojo de la cerradura. El día que por primera vez vio a los falsos monjes en sus prácticas llovía. A Pierre lo habían mandado al establo con cualquier pretexto, porque en realidad no había trabajo

por hacer. Pierre sabía que los monjes se habían reunido en el refectorio y fue a espiarlos por el ojo de la cerradura, que era grande, de por lo menos tres centímetros de diámetro, como grande era también la llave de esa puerta. Pierre vio a uno de los falsos monjes subir a un estrado desde donde solían leer vidas de santos a las horas de las comidas. El falso monje se sentó en una silla de madera y se levantó las vestiduras. Alrededor del estrado había un semicírculo de falsos monjes sentados en sillas de madera. Pierre vio con asombro cómo el del estrado exhibía su pene erecto, y cómo los demás metían la mano debajo de sus vestiduras. El falso monje del estrado rozó apenas la parte anterior de su pene con la yema del dedo índice y dejó escapar un suave gemido. Las manos de los espectadores se afanaban bajo las vestiduras con distinto grado de intensidad. Ahora el del estrado se masturbaba con vigor, pero Pierre observó que cada tanto se detenía bruscamente y se quedaba inmóvil, con los ojos cerrados, para recomenzar después con lentitud. Los del público hacían otro tanto, pero si alguno no podía contenerse y eyaculaba, alzándose antes las vestiduras para no mojarlas, enseguida se levantaba de su asiento y salía del refectorio.

Por fin, después de un tiempo que Pierre no supo calcular, el del estrado inició la etapa final. Empuñó bien el miembro y empezó con movimientos firmes y calmos hacia arriba y hacia abajo, los hizo crecer en intensidad y rapidez y llegó a un verdadero paroxismo, con movimientos tan rápidos que Pierre casi dejó de distinguir las formas de la mano y el pene a través del ojo de la cerradura. Por fin los gemidos del falso monje se transformaron en un grito mientras los movimientos cesaban y el semen chorreaba sobre su mano. Al mismo tiempo eyacularon, también entre gemidos y exclamaciones, casi todos los monjes espectadores. Los que ya habían eyaculado se levantaron y salieron del refectorio, incluso el que había hecho la demostración en el estrado, pero dos permanecieron en sus lugares, continuando enérgicamente con la masturbación. Uno de ellos culminó con toda felicidad durante el minuto siguiente, se levantó y salió del refectorio. El otro, en cambio, tuvo que seguir largo rato haciéndose la

paja como un poseso. Desde su puesto de observación, que no había abandonado a pesar de que la lluvia lo empapaba, Pierre lo vio eyacular, ya al borde del colapso, y quedarse un rato resoplando como un caballo cansado. Pierre se apartó de la puerta y fue hacia el establo a cambiarse la ropa por otra seca.

Usted se estará preguntando, doctor, cómo fue que los monjes no se toparon con Pierre al salir del refectorio. Es que el refectorio tenía dos puertas, y ellos salían por la otra. En cuanto Pierre vio salir al último monje por la otra puerta del refectorio, fue al rincón del establo donde tenía su camastro y un arcón con sus modestas ropas. Se quitó las prendas empapadas, y antes de ponerse otras secas probó eso de hacerse la paja deteniéndose al borde de la culminación, para descansar un poco y volver a empezar. Todavía estaba en eso cuando el reloj del campanario le avisó que debía ir a ayudar a los monjes a preparar la cena. Terminó de masturbarse evocando la imagen de la panadera del pueblo, mujer cuarentona y entrada en carnes que lo había desvirgado días antes detrás del mostrador de la panadería. Bien, doctor, ahora voy a masturbarme yo misma.

—Hágalo, señora, y permítame mirar.

—Fíjese, doctor: la yema del dedo mayor sobre el clítoris, el dedo anular levantando un poco el labio del lado derecho, el índice simplemente apoyado en el otro labio. Frotos ligeros hacia arriba y hacia abajo; se percibe que el clítoris está resbaladizo y un poco hinchado. Ahora la yema del dedo mayor recorre los labios, baja hasta la entrada de la vagina. Otra vez sube y roza el clítoris, hacia arriba y hacia abajo, no detiene el movimiento, sigue hacia abajo y el dedo se hunde lenta pero firmemente en la vagina. Una vez que se ha hundido por completo presiona suavemente hacia abajo con la yema y emprende, también con lentitud y firmeza, el camino de regreso, hasta llegar otra vez al clítoris, y allí frota ligeramente con movimientos circulares. Repito estas caricias y presiones hasta que siento llegar la culminación, entonces me detengo y descanso hasta serenarme, y vuelvo a empezar. Mientras me masturbo con la mano derecha, cosquilleo un

pezón con la izquierda, pellizco suavemente, alterno los pellizcos con caricias circulares que se realizan con la yema del dedo o con el hueco de la mano. ¿Está todo claro, doctor?

—Clarísimo, señora.

—No olvide masturbarme así cuando se lo pida.

—Descuide, señora. Se lo prometo de todo corazón y, es más, me gustaría masturbarla ahora, si me lo permite.

—Cómo no, doctor.

—Si le parece bien, señora, me gustaría hacérselo con la lengua. Sí, me encantará chuparla, señora, y perdone el lenguaje directo.

—Está perdonado, y me parece bien que lo use; hasta el argot es permisible y divertido en estos casos, pero recuerde que sólo podemos hablar en español universal. Ay, doctor, qué bien lo hace, muy bien, ahora a los costados, hunda lentamente un dedo, bien a fondo, disculpe, etcétera, ahora retírelo muy despacio haciendo presión hacia abajo, aparte la mano y siga con la lengua. Bien, ahora déjeme y vuelva a su sillón.

Quiero darle un ejemplo de uso incorrecto del lenguaje para ilustrar lo que le decía hace un momento. ¿Conoce una especie de cactus que se llama tuna?

—Sí, señora, da unos frutos muy sabrosos que se llaman higos de tuna. Con esos higos se hace un dulce.

—Me imagino, doctor, que el dulce de higo de tuna lo hacía una sirvienta en la casa de campo de su madre.

—Imagina bien, señora.

—¿Esa sirvienta era blanca y lechosa, con pecas en las mejillas y en el pecho?

—Así era, señora.

—¿No fue, por casualidad, la que le quitó la virginidad a usted en la cocina, una tarde a la hora de la siesta, mientras todos en la casa dormían?

—Lo que usted dice no puede ser más exacto, señora.

—Esto sí que está bueno. ¿Qué edad tenía usted?

—Trece años.

—Y, permítame: ¿a qué había ido usted a la cocina?

—A robar dulce de higo de tuna.

—Ya veo. Todo encaja perfectamente. ¿Cómo procedió la mujer?

—Me amenazó con contarle a mi madre que yo había ido a robar dulce de higo de tuna si no hacía lo que ella me decía.

—Ajá. ¿Y qué tenía que hacer?

—Primero me ordenó que le mostrara los genitales, señora.

—¿Esa fue la palabra que usó?

—No, señora. Me temo que la palabra que usó no pertenecía al español universal.

—Ah, claro, claro, precisamente de eso íbamos a hablar. ¿Y usted le mostró los genitales?

—Sí, señora.

—¿Tenía el pene erecto?

—No, señora, lo tenía chiquitito así, porque estaba muy asustado.

—¿Y entonces?

—Entonces ella (se llamaba Lola) me dijo que no tuviera miedo, y que si me portaba bien me iba a dar más dulce de higo de tuna.

—Ajá.

—Y, en efecto, se acercó a la gran olla de cobre donde estaba el dulce —porque todavía no se había enfriado como para pasarlo a los frascos de vidrio—, hundió el dedo índice y me lo dio a chupar.

—Sí, continúe nomás, doctor.

—Mientras le chupaba el dedo sentí que su otra mano se acercaba a mi pene.

—Sí.

—Que ya se había empezado a parar.

—Ajá.

—Cuando lo tomó en su mano ya estaba bien duro y erguido.

—¿Y entonces?

—Me masturbó un poco, pero pronto me soltó, se quitó el calzón y se tendió en el piso de la cocina con las piernas abiertas, indicándome de manera bastante ruda que la

penetrara.

—¿Y usted lo hizo?

—Sí. Todo terminó muy pronto. Me dio un empujón cuando se dio cuenta de que yo iba a eyacular, para que lo hiciera afuera. Enseguida se levantó y se puso el calzón y me ordenó que me pusiera los pantalones y saliera rápido de allí. Antes me dio unas cucharadas más de dulce.

—Venga, doctor. Imaginemos que somos cabras. Yo la cabra y usted el macho cabrío. Yo en cuatro patas y usted de rodillas detrás de mí. Esta vez lo haremos con fuerza. Entre con fuerza y salga con suavidad. Entre otra vez con fuerza. Cada vez más rápido. Vamos, doctor.

—Sí, señora.

—Bien, doctor, ya instalados nuevamente en nuestros cómodos sillones, bien envueltos en nuestras *robe-de-chambre*, proseguiremos con la historia. Como recordará, Amatista y Pierre se encuentran...

—Perdón, señora, pero ¿no iba a explicarme lo de la palabra «tuna»?

—Es cierto. Hace un tiempo me enteré de que en algunas provincias argentinas se llama «tuna» a los genitales femeninos, es decir a la parte externa. Supongo que encontraron una similitud en la parte externa, un poco tosca, y el tierno interior, pero no es más que una suposición. Sin embargo, para mí la tuna nunca será la rosa. Para mí la tuna será siempre un cactus que da frutos comestibles. Oír la palabra «tuna» nunca me provocará nerviosismo ni hilaridad.

—Por supuesto que no, señora.

—No hace falta decir más sobre la desaconsejable práctica de usar localismos para referirse a las cosas sexuales.

—No, señora.

—Bien. Como le decía, Amatista y Pierre se encuentran en una habitación en los altos de la confitería oscura. Maravillosamente masturbada por Pierre, Amatista se ha entregado al sueño. Pierre acaba de hacerse la paja él también y se ha servido un *whisky* con hielo, que bebe junto a

la ventana. Por un altavoz instalado en la cabecera de la cama se oye un bolero:

Es ocasión de hablar,
de hablar con claridad,
una locura yo quiero hacer
y por eso te vengo a ver...

Amatista se mueve entre las sábanas. Pierre va hasta la mesita y sirve otro *whisky*. Amatista deja escapar un gran bostezo y se estira como un gato. Al abrir los ojos ve a Pierre sentado en la cama junto a ella, con el vaso en la mano. Sonríe y se incorpora; la sábana que la cubría cae, revelando sus soberbias tetas. Mientras Amatista bebe del vaso que le entrega Pierre, Pierre rodea con sus labios un pezón de Amatista y le da una serie de breves lengüetazos. Luego echa la sábana a los pies de la cama y se sienta junto a Amatista. Los dos apoyan la espalda en varias almohadas. Unos momentos después Amatista bebe otro sorbo de su vaso y se lo pasa a Pierre.

—¿En qué piensas, Amatista?

—Pienso que me gustaría anudarte las muñecas a los barrotes de la cama.

—¿Cómo lo harías? Aquí no hay barrotes. La cabecera de la cama es de cuero blanco tapizado.

—Entonces cruza los brazos detrás de la nuca y te ligaré las muñecas.

—¿Y la cuerda?

—Lo haré con tu corbata.

Pierre sonríe y Amatista le anuda las muñecas detrás de la nuca con la corbata. Luego retira las almohadas donde Pierre apoya la espalda y lo ayuda a ponerse en posición horizontal. El pene de Pierre, ya totalmente erecto, apunta hacia el mentón. Amatista, arrodillada junto a él en la cama, prueba la consistencia del falo oprimiéndolo delicadamente por la parte media entre el pulgar y el índice. Luego intenta, también con gran suavidad, bajarlo empujando hacia abajo desde la parte superior. Imposible. Satisfecha de la inspección apoya las palmas en la cabecera de la cama, poniéndose en

cuatro patas, y se estira alegremente como un perro. Su trasero alzado queda a la altura de la cara de Pierre, que lo contempla con los ojos entrecerrados. Una vez que se ha desperezado bien, Amatista se incorpora y se sienta en la cama junto a Pierre, con las piernas recogidas a un costado.

—¿Qué quieres que haga, Pierre? —pregunta Amatista.

—Ponte de rodillas, Amatista, una rodilla a cada lado de la parte alta de cada uno de mis muslos.

—¿Y después? —pregunta Amatista sin moverse.

—Después ponte en cuclillas, apoyando los pies en el mismo lugar donde antes estaban las rodillas.

—¿Y entonces?

—Álzate lo necesario para que, guiándome delicadamente, puedas llevar la punta del pene hacia la entrada de la vagina.

—Antes me gustaría hacer otra cosa, amado Pierre.

—Dime.

—Quiero rozar varias veces el botoncito a lo largo de la parte anterior de tu pene erecto.

—¿Varios roces, yendo y viniendo, y luego me harás entrar?

—Prometido, Pierre.

—Acércame una teta, Amatista.

Amatista se arrodilló, una rodilla junto a la parte alta de cada muslo de Pierre. Las piernas de Pierre eran uniformemente velludas en toda su extensión. La parte interna de los sedosos muslos de Amatista rozó la parte externa de los velludos muslos de Pierre.

—Tus muslos velludos me deleitan, querido Pierre —murmuró Amatista.

El roce aumentaba la tumescencia y la lubricación de la rosa entreabierta. Cuando el clítoris de Amatista inició los roces hacia arriba y hacia abajo contra el falo de Pierre, los dos jóvenes dejaron escapar un profundo suspiro. Todo el cuerpo de Amatista, inclinado sobre el de Pierre, retrocedía levemente mientras el clítoris bajaba rozando la cara anterior del falo, y se adelantaba para subir. Después de varios recorridos, el cuerpo de Amatista se adelantó un poco más y

la punta del falo quedó a la altura de la entrada de la vagina. La mano de Amatista se acercó a la zona de la ceremonia secreta para guiar al pene, y comenzó la penetración.

—¡Ay, Pierre! ¡Ay, mi amor! —suspiró Amatista.

Lento y firme, el falo entró a fondo. Pierre y Amatista permanecieron unos momentos inmóviles, Amatista en cucullas sobre Pierre, un pezón en la boca de Pierre y el falo totalmente hundido en el prieto pasadizo. Luego Amatista retrocedió hasta que el pene de Pierre, liberado y siempre erecto, retomó su posición paralela al vientre. Pierre dejó escapar un profundo gemido.

Amatista abandonó la posición en cucullas y se sentó junto a Pierre, con la respiración acelerada.

—Respira hondo, Pierre —aconsejó Amatista—, piensa en las amapolas.

—Amatista...

—Piensa en un campo de amapolas, Pierre, piensa en un cielo azul y unos pájaros. Piensa en lo que quieras, pero apártate un momento de las ideas voluptuosas para poder conservar tu jugo. Ahora te desanudaré las manos y te daré un sorbo de *whisky*.

Pierre tomó el vaso sin mirar a Amatista, a la vez que se representaba mentalmente un campo de amapolas. La erección no disminuyó, pero sí la urgencia por culminar.

Amatista tomó su vaso y se sentó en la cama enfrentada con Pierre, con las piernas cruzadas a la turca. Mientras conversaban Pierre adelantó la mano hacia la sedosa y abundante maraña de vello rizado en la entrepierna de Amatista. Su mano cubrió el monte de Venus y lo oprimió ligeramente. Luego el dedo mayor se deslizó entre los pétalos laterales de la rosa entreabierta, y recorrió de memoria la conocida geografía, hasta llegar a la entrada de bordes carnosos; apartó un instante la mano y apoyó el dedo en el delicioso promontorio más arriba. Comenzó la caricia circular sobre el clítoris. Amatista entrecerró los párpados y empezó a jadear. Mientras Pierre la acariciaba Amatista pidió con voz ronca:

—Cuéntame de la academia de aviación, Pierre.

—Sí, Amatista —respondió Pierre, con el pene siempre apuntándole hacia el mentón, pero ahora perfectamente dueño de sí mismo—. El curso de aviación se daba los jueves en el hangar, para alumnos que trabajaban en los establos de los monasterios el resto de la semana, o algo así. Como sabrás, hoy día no hay que hacer ninguna fuerza para conducir un avión, ni siquiera mirar por el vidrio delantero para ver si va en la dirección correcta. Pero es necesario aprender el uso de las más sofisticadas computadoras.

—¿Y lo aprendiste rápido? —preguntó Amatista con voz ronca, apartando el dedo de Pierre para no culminar antes de tiempo.

—Rapidísimo.

Amatista inspiró hondo y concentró la mente en un campo de amapolas. Cuando se sintió segura de que no iba a lanzarse a las ondas cada vez más amplias de la culminación, descruzó las piernas, apoyó las plantas de los pies en la cama y dijo con voz normal:

—Cuéntame lo que te hacían las mujeres a la salida de la clase de aviación.

—Me esperaban en una habitación por donde yo necesariamente tenía que pasar y me obligaban a satisfacerlas. Eran unas diez mujeres, entre compañeras de curso y empleadas, que querían aprovechar mi pene erecto. Mientras varias de ellas me inmovilizaban boca arriba en un diván, otras me desnudaban de la cintura para abajo. Me provocaban la erección masturbándome o chupándome, y luego, una a una, se quitaban los calzones y se sentaban por turno a caballito sobre mí. Aprendí a retener mi jugo para que no me castigaran.

—¿En qué consistía el castigo? —preguntó Amatista.

—Me obligaban a masturbarlas una por una durante largo rato, y luego yo debía pararme en un rincón y masturbarme hasta conseguir otra erección.

—¿Y si no la conseguías?

—Nuevamente se turnaban para masturbarme y chuparme.

—¿Y cuando por fin culminabas?

—Cuando sentía que iba a eyacular tenía que avisarles; entonces se sentaban en el suelo formando un pequeño semicírculo y se masturbaban mirando cómo brotaba el semen y caía sobre la mano con que yo todavía me sostenía el pene.

—Amémonos con la boca, Pierre —propuso Amatista, acostándose con las piernas separadas.

La boca de Pierre sobre la rosa abierta de Amatista. Las rodillas de Pierre a cada lado de la cabeza de Amatista. Los labios y la lengua de Pierre lamiendo y chupando los carnosos pétalos y el botoncito. El pene erecto entrando en la boca redondeada de Amatista. La rosa tibia y húmeda alzándose un poco para que Pierre pueda llegar con la punta de la lengua a la entrada de la vagina. El falo entrando y saliendo de la boca de Amatista. La lengua de Pierre ablandándose, abandonando la entrada de la divina caverna para amar al clítoris, y el clítoris amando a la lengua. La lengua de Amatista vibrando como el ala de una mariposa, rozando apenas la parte anterior del falo. De pronto Pierre abandona su posición en cuatro patas encima de Amatista y la obliga a colocarse boca abajo en la cama. Luego, sin previo aviso y en forma repentina, hunde el falo en el culo de Amatista. Amatista deja escapar un grito. Sin moverse de su posición Pierre se abraza a Amatista por la espalda, le oprime los pechos, le palpa el vientre y el monte de Venus. Por fin separa un poco los labios, apoya con firmeza la yema del dedo medio en el clítoris y comienza un grave y secreto masaje. Amatista gime y murmura con voz ronca:

—¡Ay, mi amor! ¡Ay, sí, mi amor, así, así! ¡Ay, Pierre, no te apartes, quédate así! Mi vida, Pierre...

—Aquí me quedo, Amatista —murmura Pierre, siempre hundido en ella, mientras su dedo continúa frotando el botoncito con rápidos movimientos ascendentes y descendentes.

Ya nada impide que Amatista culmine, pero acerca su propia mano para detener la de Pierre.

—Ahora suave y adentro, mi amor.

El dedo de Pierre se hunde profundamente en la vagina de

Amatista y allí descubre la presencia de su propio pene en el otro conducto. Retira lentamente el dedo y reinicia el frotamiento en el clítoris, primero con suavidad y después con creciente rapidez y fuerza.

—Ay, mi vida —gime la voz ahora ya muy ronca de Amatista.

La mano de Pierre queda inmóvil, pero manteniendo el contacto, mientras Amatista gime rítmicamente con las ondas cada vez más amplias que la invaden. Después de llegar a la cresta de la ola, los gemidos se van debilitando hasta apagarse.

Siga, doctor, siga con fuerza hasta eyacular, y cuando detenga el movimiento deje correr el semen entre sus dedos.

—¿Todo preparado para la excursión, doctor?

—Sí, señora.

—Está usted muy elegante con esa ropa sport.

—Y usted, señora, con esa fresca camisa blanca y la falda paisana estampada, está realmente deliciosa.

—Ya sabe por qué hacemos este paseo al Tigre, doctor.

—Sí, señora. Usted me va a relatar un encuentro de Amatista y Pierre en ese escenario.

—Así es.

—Señora...

—¿Sí, doctor?

—Ya tengo el pene erecto, señora.

—Bien, doctor, será una pequeña incomodidad durante el viaje en tren y en lancha hasta la isla. Pare ese taxi, por favor. Dígale que nos lleve a Retiro, estación Mitre.

—Sí, señora.

—Por suerte el tren va casi vacío. Si nos sentamos aquí, lejos de los otros pasajeros, y no sube más gente en las estaciones intermedias, a ratos podrá usted bajar el cierre relámpago de los *jeans* para acariciarse. Con suavidad, por supuesto, para no llegar al borde de la culminación. Ya sabe que estas masturbaciones incompletas lo preparan para una excelente culminación más tarde.

—Lo sé, señora, esta mañana ya me estuve haciendo la paja al despertar.

—Veo que aprovecha usted bien mis enseñanzas, doctor.

—Mientras me masturbaba pensaba en lo que usted me prometió, señora.

—Cumpliré mi promesa, doctor. Podrá insertármelo para un coito largo e intenso a las diecinueve horas.

—Sí, señora.

—¿Le gusta esta antigua lancha-taxi, doctor?

—Es maravillosa, señora. Sentados aquí atrás, al aire libre, en estos sillones playeros, a salvo de la mirada del lanchero, que está en su cabina de madera... Navegar por estos tranquilos ríos y arroyos, admirando la espesa arboleda de las islas, los muelles cubiertos de rosas y glicinas, las casas sobre pilares, oír el canto de los pájaros, cruzarnos, a veces, con un bote a remos cuyos ocupantes no parecen vernos, y todo el tiempo esta dulce tortura de masturbarme suavemente hasta el borde de la culminación y entonces apartar la mano, y usted que de tanto en tanto se abre la camisa y me muestra una de sus preciosas tetas...

—Doctor, ya sabe que tenemos que cumplir las consignas.

—Lo sé, señora, pero no resisto la tentación de decirle que quisiera amasarle los pechos con las dos manos y luego acariciarle los pezones con el leve roce de las palmas ahuecadas.

—Lo sé, doctor. También a mí me gustaría aprisionar en mi mano su miembro erecto y hacer correr hacia arriba y hacia abajo la sedosa piel que lo recubre. Pero este ejercicio indica esperar al atardecer.

—Sí, señora.

—Bien, el almuerzo en la hostería ha estado delicioso. ¿Tiene el pene erecto ahora?

—No, señora. La erección bajó y estoy ansioso por hacer esa caminata.

—De acuerdo, doctor. Caminaremos por el sendero cerca de la orilla, bajo los pinos. La dueña de la hostería me ha dicho que trescientos metros más adelante está el muelle abandonado. No hay peligro de que se acerque ninguna embarcación porque la escalera está rota.

—Este es el muelle. Aquí están los cómodos sillones de mimbre que mandó colocar la dueña de la hostería. Baje tranquilamente el cierre de los *jeans* y comienzo. ¿Erecto otra vez?

—Me temo que sí, señora.

—Ya ha visto que no es necesario estar eyaculando a cada momento. Al contrario, retener el jugo y esperar hasta más tarde fortalece el órgano y mejora la función.

Amatista y Pierre, como ya le dije, eran socios de un club de remo y venían con frecuencia a remar al Tigre. En verano, sacaban un bote temprano, remaban por turno, y aprovechaban la soledad de los riachos para exhibirse uno al otro. Si el que remaba era Pierre, Amatista, sentada frente a él, le mostraba primero un pecho, después el otro, después los dos juntos mientras se acariciaba los pezones. La falda paisana le permitía quitarse el calzón y, alzando un poco la falda y separando las piernas, mostrar a Pierre la sedosa maraña. A veces, antes de separar un poco más las piernas para mostrarle el interior de la rosa, apoyaba la mano sobre el monte de Venus y se daba unos lentos frotos circulares.

—¿No había peligro de accidente, señora?

—No, doctor; los dos eran expertos remeros y conocían los ríos y arroyos palmo a palmo. En cuanto al otro tipo de accidente, es decir, que Pierre culminara antes de tiempo, tampoco había peligro. Lo garantizaban las prolongadas prácticas de Pierre con las mujeres del hangar y con Amatista misma. En cuanto a Amatista, ya le he explicado, doctor, que las mujeres son naturalmente más hábiles en eso de detenerse a tiempo. Como le decía, Amatista se daba unos cuantos frotos apoyando en el monte de Venus la parte protuberante de la palma de la mano que está inmediatamente debajo de la muñeca, antes de la parte ahuecada. ¿Sabe a qué parte de la mano me refiero?

—Sí, señora, es la parte de la mano que usamos cuando queremos hacer presión como para aplastar algo, por ejemplo para pegar los bordes engomados de un sobre. ¿Es así como se masturban las mujeres por fuera, señora, es decir sin separar los pétalos ni tocar el botoncito?

—No es la única forma. También pueden cubrir toda la parte exterior con la mano y frotar; y si quieren ejercer más presión, pueden apoyar la otra mano sobre el dorso de la mano que frota.

—¿Tiene ventajas este tipo de masturbación con respecto a la que se realiza, digamos, a rosa abierta?

—Yo no diría que tiene ventajas ni desventajas, doctor. A veces, después de una culminación alcanzada por masaje del botoncito, o por la combinación de ese masaje con caricias en los pétalos y penetración por la entrada de la vagina, puede obtenerse casi de inmediato una segunda culminación con estos frotos externos. El efecto de los frotos, como sucede con el de las caricias prodigadas con la yema del dedo a las partes interiores de la rosa, se intensifica notablemente con contracciones que las mujeres saben imprimir a todo el órgano, alternadas, naturalmente, con relajaciones. A veces se empieza por practicar estas contracciones sin manipulación; después de unas cuantas contracciones y relajaciones, la mano vuela, afanosa, a participar en la tarea: acaricia, frota, se retira, vuelve a acariciar y a frotar... Pero las contracciones por sí solas, el apretar las asentaderas contra el asiento, pueden muy bien llevar directamente a la culminación, como les sucede a algunas niñas que aún no han aprendido a masturbarse. Amatista hacía todas estas cosas mientras Pierre remaba, y, cuando le tocaba remar a ella, era Pierre quien exhibía todos sus recursos masturbatorios y su gran destreza para detenerse a tiempo y no derramar su jugo.

—Volviendo un poco más atrás, señora. Esas contracciones de la vagina de las que usted hablaba...

—Sí, doctor.

—Las he sentido durante el coito, señora. Me aprisionan el pene de una manera deliciosa.

—Claro que sí, doctor.

—¿Amatista y Pierre amarraban el bote a algún muelle para poder abrazarse, señora?

—No, doctor, no durante el día. Amarraban el bote para almorzar en alguna hostería, o para nadar en las frescas aguas de un arroyo, o simplemente para descansar.

Guardaban todas sus ansias intactas para la noche. Entonces regresaban al club, entregaban el bote e iban a ducharse en sus respectivos vestuarios. Luego se encontraban en el jardín, donde había mesas y sillas, para tomar el cóctel.

—Amatista pedía su Alexander.

—Así es, doctor. Amatista, ataviada con un solero de hilo blanco que hacía contraste con su estupenda piel bronceada, bebía su cóctel favorito.

—¿Y qué bebía Pierre?

—Generalmente un San Martín demisec.

—Supongo que se bailaba en el jardín, señora.

—Ya lo creo. Amatista y Pierre, frescos y descansados después de la ducha, con los sentidos adormecidos, se entregaban al placer de moverse acompasadamente con *fox-trots*

y boleros. Y ahora sugiero, doctor, que volvamos a la hostería a tomar el té.

—¿Verdad que estas tortas suizas son estupendas? Ya podemos sentarnos en la veranda, doctor, a esperar el dulce atardecer de las islas. El sol se pondrá detrás de esos eucaliptos, en la isla de enfrente.

—Sí, señora, y podrá contarme qué hacían Amatista y Pierre después de beber el cóctel y bailar.

—Póngase cómodo, doctor. Nadie más vendrá a esta veranda; he arreglado con la dueña de la hostería que en las próximas dos horas sea nuestra.

—¿Se producirá aquí nuestro coito, señora?

—No, no. La dueña de la hostería nos ha reservado una habitación. Prefiero una buena cama, con sábanas fragantes de lavanda, a estos sillones de mimbre.

—Tiene usted razón, señora.

—Después de beber sus copetines y bailar, Amatista y Pierre salían del club para dar un paseo por la isla. Había, en efecto, al final del club, un bosquecillo de pinos. Pierre, que en la época del club de remo ya se había convertido en un joven muy sofisticado, conocía el valor de un buen momento

romántico. Él y Amatista se internaban en el bosquecillo tomados de la mano, como dos jovencitos enamorados que sólo se han acercado físicamente con el abrazo del baile. Cuando llegaban al corazón del bosquecillo, en el claroscuro de luz de luna y sombras proyectadas por las ramas de los pinos, Pierre miraba a los ojos a Amatista, la abrazaba y la besaba en la boca. Amatista entreabría la boca para recibir la lengua de Pierre, y su propia lengua devolvía las caricias. El deleite del beso la recorría toda, se le humedecía la rosa, deseaba la visita del pene de Pierre en su prieto agujero. Es, por cierto, lamentable que haya que usar la palabra «agujero»; usted habrá observado, doctor, que hasta ahora he dicho siempre «entrada». Es que el secreto túnel del amor no es un agujero, como usted mismo habrá percibido, doctor. Al entrar en él, el pene se abre camino entre tiernos y carnosos repliegues que lo envuelven, lo aprisionan deliciosamente. Cuando Amatista y Pierre se besaban en el bosquecillo, ella ansiaba esa visita y Pierre ansiaba hacerla. Pero por ahora la lengua de Pierre seguía jugando con la suya, y Amatista tenía la sensación cabal de que también le acariciaba el botoncito.

Mientras continuaba el beso, la mano de Pierre comenzaba a viajar por el cuerpo de Amatista, se metía por el amplio escote del solero y apresaba un pecho, bajaba desde la cintura para oprimir la nalga, bajaba un poco más para acariciar la parte posterior de los muslos hasta llegar al hueco de las rodillas. Y el momento más secreto y delicado era cuando Pierre se inclinaba un poco más para levantar el borde de la falda y hacer subir sus manos, palpando y acariciando, por los muslos de Amatista, por sus cálidos muslos desnudos. Luego Pierre volvía a bajar las manos, apoyaba las palmas a los costados de las rodillas de Amatista, e iniciaba un lento ascenso por los costados de los muslos, deteniéndose al llegar al borde del calzón. El juego de las lenguas se redoblaba, se hacía más rápido e intenso. Las manos de Pierre ensayaban otros recorridos, las palmas resbalaban por la parte anterior de los muslos, subían hasta el borde del calzón y rozaban, al pasar, como sin quererlo, el monte de Venus por encima del raso de la prenda interior.

Amatista se abrazaba fuertemente a Pierre y lo besaba en el cuello con la respiración acelerada. Segundos después, las bocas volvían a encontrarse mientras un dedo de Pierre pasaba por fin bajo el borde del calzón. Imagine, doctor, lo que sucede ahora que el dedo de Pierre ha entrado en el santuario, mientras se masturba con serenidad usted mismo.

Amatista sigue abrazada a Pierre, y recibe el primer contacto de la mano de Pierre, que ha pasado bajo el borde del calzón y se apoya, abierta, sobre el monte de Venus. Luego el dedo de Pierre acaricia el vello a ambos lados de la abertura. Y de pronto, sin saber cómo, Amatista recibe el contacto del dedo de Pierre en el botoncito.

—¿Pierre masturba a Amatista?

—Sí, y esta vez no se preocupa por demorar el momento de la culminación. Amatista, enardecida, ayuda con movimientos de la pelvis hacia delante y hacia atrás, y finalmente queda inmóvil, y Pierre detiene también el frote mientras siente aletear la rosa abierta.

—¿Y entonces?

—Amatista se aparta, se baja la falda y se alisa el vestido. Pierre la abraza rodeándole la cintura con sus brazos y ella pasa los brazos sobre los hombros de Pierre. Y al apretarse contra él descubre que todavía está enardecida. Pero esta vez sólo desea una cosa: apretarse contra Pierre.

Sí, doctor. Se aprieta contra él, apoyando el monte de Venus contra el pene erecto. Comienza a apretarse y a aflojar alternativamente. Cuando se aprieta también contrae todo su órgano. Y al apartarse un poco de Pierre, lo afloja.

—¿Tiene así un segundo orgasmo?

—Sí, doctor, y muy intenso. Pierre espera que la respiración de Amatista se serene, y luego desabrocha la bragueta de su pantalón y guía la mano de Amatista hasta el falo. Los dedos de Amatista rozan la delicada piel del pene duro y erguido. Su mano se abre y se cierra suavemente alrededor del falo. Pierre cierra su mano sobre la de Amatista y las dos manos suben y bajan, suben y bajan, desplazando la piel hacia arriba y hacia abajo. La mano de Pierre exige cada vez más rapidez y más fuerza a la mano de Amatista, hasta

que Amatista siente correr entre sus dedos la tibieza del semen que brota.

—Todavía no son las diecinueve, pero creo que podríamos subir al dormitorio a prepararnos para el coito, doctor.

—De mil amores, señora.

—Esta vez me quitará usted la ropa, siguiendo mis indicaciones paso a paso.

—La propuesta me deleita, señora.

—Bien, aquí estamos. Usted sólo se quitará su propia ropa una vez que yo esté desnuda, tendida en la cama.

—Sí, señora.

—Comience por la blusa blanca de tela rústica.

—Señora, ¿puedo hacer algo por propia iniciativa?

—Claro que sí. ¿Qué le gustaría hacer?

—Quisiera meter una mano por el escote de su blusa y tomarle una teta con toda la mano, y luego meter la mano y el brazo por debajo de su falda paisana, y darle un rápido apretón en la rosa. Ya no podré hacerlo cuando usted esté desnuda. Recuerdo cómo tanteaba bajo la ropa de una joven, en una calle oscura...

—Haga todo lo que desee antes de quitarme la ropa, mientras me la quita y después de quitármela. Cuénteme cómo fue aquello.

—Yo tenía dieciocho años... Aunque usted no lo crea, no tenía mucha experiencia, y ella menos que yo. Nos abrazábamos y nos besábamos en las calles oscuras... Un día, sin decir «agua va», yo acerqué por primera vez la mano al escote de su blusa... Ella se apartó un poco de mí, y temí que saliera corriendo, pero se apartaba para que yo pudiera meter cómodamente la mano en el escote... ay, señora...

—¿Sí, doctor?

—Estoy muy erecto, señora, no sabía que me acordaba tanto...

—Debe ser el efecto del olor de las madre selvas que entra por la ventana. Venga, doctor, recostémonos vestidos y me seguirá contando mientras mete la mano donde le guste.

—Sí, señora. Le tomé la teta con toda mano. Yo sólo quería oprimirla, amasarla, pero de pronto sentí los tiernos dedos de...

—¿Cómo se llamaba?

—Angela, se llamaba Angela. Sentí que los tiernos dedos de Angela guiaban los míos para enseñarme a acariciar el pezón.

—Lo hace muy bien, doctor. No olvide los suaves pellizquitos. En todo lo que respecta a la manipulación de los pechos, la palabra clave es «suavidad». Recuerde estas palabras: «roce», «roce leve», «rozar levemente», «oprimir suavemente», «amasar suavemente».

—Voy a quitarle la blusa y el corpiño, señora.

—Sí, doctor. No estoy del todo segura de si la palabra «corpiño» pertenece al español universal.

—Mucho me temo que no, señora. He oído y leído «sostén» con el mismo significado, no sé si en España o en Latinoamérica. ¿Dónde era? De todas maneras, señora, quiero pedirle que se incorpore para quitarle la blusa, y para quitarle esa prenda con dos tazas gemelas que atesoran sus redondos y apetecibles pechos.

—Ahora que dice usted *apetecibles*, recuerdo que al vocabulario de hoy debo agregar «lamer», «chupar» (ya sabe usted que este verbo hay que usarlo con precauciones, porque es muy violento), y que el suave roce de los bordes de los dientes, combinado con el juego de los labios y la lengua, es exquisito para el que lo prodiga y para la que lo recibe.

—Sí, señora. Ahora que le he quitado la blusa, voy a soltar el broche de la prenda que atesora sus pechos. Déjeme mirarla así, con los pechos aún cubiertos por la tela floja del corpiño, o sostén, desprendido. Meter mis dedos bajo la tela floja para acariciar a la vez los dos pezones. Quisiera hundir mi miembro erecto en su prieto pasadizo, señora.

—Lo sé, doctor, pero aguarde. ¿Qué pasó después de aquella vez que metió la mano por el escote de Angela?

—En los siguientes paseos nuestra intimidad fue aumentando. En uno de nuestros abrazos en la oscuridad de la calle desierta, mientras jugaba, ya muy libremente, con los

pechos de Angela, le insinué apenas un muslo entre los suyos y me respondió de inmediato montándose prácticamente en mi muslo. Entre los dos, sin dejar de besarnos y yo de acariciarle los pechos, levantamos su amplia falda para que pudiera acercarse un poco más, aunque fuera a través de la tela de mi pantalón y de su calzón, la rosa a mi muslo.

—Sí, doctor. Debo interrumpirlo para hacerle una pregunta técnica.

—Sí, señora.

—¿Se ha tranquilizado usted?

—Sí, señora. La erección está igual, pero puedo entregarme tranquilamente a estas tiernas evocaciones mientras le quito del todo la prenda que atesora sus pechos y dedico unos instantes a admirarlos.

—No son, ni nunca fueron, como para ganar un concurso. Caben en el hueco de su mano.

—Eso es lo encantador, señora. ¿Podría, señora, masturbarme usted mientras los acaricio?

—Cómo no, doctor, me encanta que me lo pida. Creo que por ahora será necesario que meta la mano por la bragueta.

—Le suplico que lo haga, señora.

—¿Esto es lo que hizo Angela cuando lo tomó por primera vez en sus manos?

—Ay, sí, señora. Primero me hizo una tímida caricia con la mano abierta. Visitó también mi vello púbico y mis testículos.

—¿Con suavidad?

—Con la mayor suavidad del mundo, señora.

—¿La palma ahuecada de la mano abierta subía y bajaba, recorriendo la delicada piel que recubre el falo, sintiendo las cosquillas del vello púbico y la secreta redondez de los testículos?

—Sí, señora. Yo mismo tuve que cerrar su mano con la mía alrededor del falo y comenzar a hacer los movimientos ascendentes y descendentes.

—Bien, pero estábamos en el momento en que Angela monta sobre su muslo, doctor.

—Monta y cabalga, señora. Se aprieta, se frota contra mi

muslo, me aprisiona el muslo con todas sus fuerzas entre los suyos, siento su rosa apretada contra el muslo... Y de pronto se afloja y empieza a gemir, abrazada a mí y hundiendo la cara en mi pecho para ahogar los gemidos... no olvide que estábamos en una calle oscura.

—No lo olvido.

—Quiero quitarme ya la ropa, señora.

—¿Recuerda la consigna?

—Es cierto. Queda muy bonita, señora, con la falda paisana y desnuda desde la cintura para arriba.

—Gracias, doctor. ¿Encuentra el broche?

—Sí, aquí está. Ahora el cierre relámpago... Delicioso su calzón, señora. ¿Era así la prenda que usaba Amatista?

—Así es, doctor. Esta es una prenda *revival*, pero de todas maneras han respetado la tela del modelo original, verdadero raso de seda blanco, el encaje de La Valenciana...

—Y le cubre todo, señora, desde la cintura hasta las ingles. Ni siquiera asoma el vello púbico por los bordes de los... ¿agujeros?, por donde pasan las piernas. Yo también, como usted, señora, tengo dificultades para describir esta prenda.

—¿Yo también las he tenido?

—Si todavía no las ha tenido, con seguridad las va a tener, señora, acuérdesse de lo que le digo. Permítame, señora, deseo abrazarla mientras le bajo el calzón. Con un brazo la acerco a mí y con la otra mano maniobro con su calzón. Antes de bajárselo quisiera meter la mano por la parte de atrás de la cintura y oprimirle las nalgas.

—Puede hacerlo con las dos manos, doctor, sin dejar de abrazarme.

—Recuerdo, señora, que Angela era menuda, como usted, y yo casi la levantaba en el aire aprisionándole las nalgas con las dos manos y apretando su pelvis contra la mía.

—¿Monte de Venus contra pene erecto, doctor?

—Monte de Venus contra pene erecto, señora. Así, señora.

—Excelente.

—Bien, señora; ahora, abrazándola con el brazo izquierdo, bajo un poco el calzón por el lado derecho de la cintura;

ahora, por atrás; ahora cambio de brazo y uso la mano izquierda para bajarlo un poco por la izquierda.

—Siento su miembro erecto que asoma por la bragueta, muy cerca de mi rosa, doctor...

—De su rosa todavía cerrada, señora... Sigo maniobrando con una y otra mano para que el calzón baje hasta la mitad de los muslos, la abrazo para que mi pene erecto y su rosa cerrada tengan su primer contacto, con la exquisita participación del abundante y rizado vello púbico. Ahora dejaré de abrazarla para ir inclinándome a medida que bajo el calzón hasta sus pies, mis labios en rápido viaje por su vientre, su bajo vientre con la sedosa maraña, las ingles, los muslos... Ya está el calzón en el suelo. Le ruego, señora, que dé un paso adelante con el pie derecho, y luego con el izquierdo, para que pueda levantarla en mis brazos y acostarla en la cama... Voy a quitarle también las sandalias, señora. ¿Quiere llevar, señora, su dedo a la rosa entreabierta, ahora que está desnuda y tendida en el lecho como usted indicó?

—Sí, doctor, me masturbaré mientras le miro quitarse la ropa y revelar la hermosura de su pene erecto.

—Estamos llegando al final de este hermoso día en la isla, doctor.

—El coito ha sido estupendo, señora.

—Así es, doctor. Se supera usted coito a coito.

—En cierto momento creí que no iba a poder retirar el pene una vez más, pero pude.

—Y fue a mirar por la ventana, ¿verdad?

—Sí, señora. Entonces me di cuenta de que era noche cerrada.

—Así es, doctor. Debemos prepararnos para partir. La antigua lancha-taxi espera en el muelle.

—Hola, doctor, gusto de encontrarlo en la confitería. Después de nuestra excursión al Delta viene bien un poco de vida de ciudad.

—Pero el Delta es muy hermoso, señora. Cuando fui hasta la ventana en, digamos, un intervalo de nuestro coito para evitar derramar mi jugo, me maravilló ver la luna reflejada en las aguas oscuras del río. Pero más me maravilló descubrir, al volver a la cama, que usted había cambiado de posición.

—En efecto, doctor, estimulada por el perfume de madreselvas y jazmín del país que entraba por la ventana, sentí el impulso de adoptar la postura del perro, y disculpe la analogía zoológica, doctor.

—Penetrarla desde atrás fue delicioso, señora, con una teta en cada mano. Pero, permítame, la analogía no me parece zoológica. El perro es un ser humano, ¿verdad?

—Tiene razón, doctor, pero no así el gato. El gato es un ser sobrenatural.

—Sí, señora. ¿Qué va a tomar?

—Un Alexander.

—¿Siempre existió en la confitería Las Violetas esa puerta al fondo que dice PRIVADO?

—Por supuesto, doctor.

—¿Amatista y Pierre estarán al otro lado de la puerta, copulando?

—Más allá de esa puerta está Amatista niña, pero no con Pierre, sino con Mariolina.

—¿Esa niña que después se convirtió en un señor?

—Sí, doctor. El que hoy decida atravesar la puerta que dice PRIVADO, en lugar de encontrarse en una habitación cuadrada, originariamente destinada a servir de oficina, descubrirá en cambio, con gran sorpresa, que ha salido a la

calle.

—¿Es decir que hay otra salida? ¿Se sale, tal vez, a la calle Bartolomé Mitre?

—No, doctor. Como usted puede ver, la confitería no es tan grande. Se sale a una calle estrecha, empedrada, mal iluminada por un farol. El paseante se encuentra ante un sombrío edificio de varios pisos. Empuja el enorme portón de entrada y avanza unos pasos para apreciar el lugar en que se encuentra. Es un enorme vestíbulo con columnas, completamente vacío, y al fondo hay una escalera de mármol.

—No comprendo, señora.

—¿Qué es lo que no comprende?

—No comprendo este ejercicio. Mi pene no puede estar más pequeñito.

—Así debe ser, doctor, porque la consigna de hoy es comenzar a escuchar la historia como si usted no fuera a masturbarse. Por otra parte no podría masturbarse aquí, en la confitería, en medio de toda esta gente ociosa que lo observa. Dentro de un rato iremos a su habitación del hotel.

—Sí, señora.

—Como le decía, el paseante ha entrado en el gran vestíbulo vacío y ahora va hacia la escalera, sube y se encuentra en un gran corredor al que dan muchas puertas. Sin vacilar, como si de antemano supiera adónde quiere ir, se detiene ante una puerta y se arrodilla en el suelo para espiar por el ojo de la cerradura. El ojo de la cerradura es muy grande, casi se diría que es una ventanita circular por donde el paseante ve perfectamente una encantadora estancia, en medio de la cual hay una gran cama con dosel, y en la cama retozan dos niñas apenas núbiles que no son otras que Amatista y Mariolina. Como usted sabrá, las niñas apenas núbiles son terribles, doctor.

—No guardan compostura, señora.

—Son incapaces de guardar compostura, doctor. Amatista y Mariolina están en camisón, llevan amplios camiones de franela y, debajo, un calzón de franela con elástico en la cintura y en los agujeros por donde pasan las piernas.

Disculpe, doctor, mi increíble torpeza para describir el calzón. Esos agujeros por donde pasan las piernas deben tener algún nombre. De todos modos, lo que a usted le interesa es que el monte de Venus de las niñas todavía es casi calvo, excepto dos o tres pelos que acaban de aparecer. A Amatista y Mariolina esos pelos les han aparecido más o menos al mismo tiempo y están muy orgullosas de ellos. Escuchemos la conversación de las niñas:

—¿Ha crecido mucho tu pelo, Mariolina?, —pregunta Amatista.

—Ha crecido mucho y se ha rizado, y han aparecido otros dos.

—¿Los tocas con frecuencia?

—Estoy todo el día tocándolos. Cada vez que puedo, voy a un lugar privado y los miro.

—Yo también, Mariolina.

—Dime, Amatista —dijo Mariolina—, ¿a ti te gusta apretar las asentaderas contra la silla?

—Me encanta, y cuando he estado sentada mucho rato me dan como unos nervios ahí donde tú sabes y tengo que apretarme mucho más contra la silla.

—Y más te aprietas y más ganas te dan de apretarte, ¿verdad?

—Sí, Mariolina, yo me aprieto más y más, hasta que llega la pequeña ola.

—Yo siempre tengo la pequeña ola en la última hora de clase. La profesora está tan dormida como nosotras, de modo que no se da cuenta de nada.

—Yo la tengo cuando voy de tertulia con mamá y, como ya soy grande, me obligan a sentarme entre las señoras. Pero no participo en las conversaciones. Así que me pongo a pensar en mi primo Hernán.

—¿Te lo mostró, por fin, como dijo que haría?

—Ya te contaré. Pero ahora muéstrame tus pelos, Amatista.

—Para eso tengo que quitarme el calzón y acercarme a la luz de la vela. No olvides que en esta habitación hay iluminación de vela.

—Hazlo.

—¿Y si entra mi mamá?

—Después de quitarte el calzón mételo debajo de la almohada. Nos acercaremos a tu mesa de luz, que es la que está más lejos de la puerta, y nos cubriremos un poco con las mantas mientras te colocas a la luz del candelabro. Si oímos llegar a tu mamá, nos cubriremos con las mantas y fingiremos dormir.

—De acuerdo.

—¿Quieres que yo también te muestre mis pelos?

—Claro. A ver, déjame que te ayude a quitarte el calzón. Dime, Mariolina, ¿por qué aprietas las piernas?

—Porque me dan muchísimas ganas de apretar las piernas.

—¿Sientes que va a llegar la pequeña ola?

—Puede ser.

—Espera un poco, Mariolina, déjame quitarte el calzón. ¿Finalmente le permitiste a tu primo meter los dedos por debajo del borde, como quería?

—Sí, pero nada más que eso. Hernán ya es un mozo hecho y derecho, y puede querer... ya sabes, y yo no soy más que una niña.

—Claro. A ver, Mariolina. ¡Qué preciosos pelos! Y ya están rizados. ¿Te los estiras?

—Cada vez que puedo.

—¿Me ayudas a quitarme el calzón?

—Claro, y ahora, ¡rápido!, metamos los calzones debajo de la almohada. Muy bonitos tus pelos. Dime, Amatista. ¿A ti se te moja?

—Claro que sí. Se me pone resbaladizo dentro.

—¡Atención, Amatista! Oigo ruido afuera. Tapémonos bien con mantas. Ya no se oye ruido, pero por las dudas quedémonos así.

—Claro. Escucha, Mariolina...

—Sí, Amatista. ¡Oh! ¿Qué haces?

—Iba a preguntarte si puedo tocarte, pero mi dedo se adelantó a mi pregunta. ¿No quieres tocarme tú a mí también?

—Mamá dijo que no hay que tocarse el botoncito.

—Mamá dijo lo mismo, pero precisamente, Mariolina, tú no te lo tocas, yo no me lo toco, ¿verdad?

—Eres muy picara. ¿Así que nunca te lo tocas?

—¿Y tú?

—Yo no me lo toco, Amatista.

—¿Pues entonces quién te lo toca?

—Mi primo Hernán, desde que le dejé meter el dedo bajo el borde del calzón la vez pasada.

—Cuéntame cómo fue eso.

—Bueno, pero déjame encontrar tu botoncito. Aquí está.

—Mmm...

—Bien, te cuento. Era domingo al mediodía y habíamos terminado de almorzar aquí, en la casa de campo.

—¿Casa de campo? ¡Pero si está sobre una calle empedrada!

—Es una calle del villorrio. Por aquí nomás está el campo, digamos, al final de la casa.

—Sí, Mariolina.

—Te decía que habíamos terminado de almorzar con toda la familia: mis padres, mis abuelos, mis tíos, los padres de Hernán...

—¿Y sus hermanos pequeños?

—Sí, también sus hermanos pequeños, esos que siempre están espiando por el ojo de la cerradura, y también estaba la tía abuela sorda. Era un día de mucho calor; por las ventanas abiertas del comedor llegaba el olor del heno. Las parvas, ya sabes. También llegaba el canto de los pájaros y los zumbidos de los bichos. Amatista, ¿quieres apartar un poco el dedo mientras te cuento? No puedo hablar cuando siento que va a llegar la pequeña ola. Bien, te decía que hacía mucho calor; después de los helados, el café y los licores, los hombres fueron a fumar un cigarro al salón y las mujeres subieron a los dormitorios a dormir la siesta con los niños. Sólo Hernán y yo nos quedamos en el comedor, con el pretexto de mirar la colección de mariposas de papá. Mientras estábamos parados frente a la vitrina, Hernán me dio varios pellizcos en el trasero. Entre tanto, oíamos las voces de los hombres que

conversaban en el salón de fumar. Cuando me agaché a mostrarle a Hernán las mariposas grandes en el estante más bajo, se inclinó detrás de mí y me oprimió las nalgas con las dos manos. Sabes que no es fácil oprimir las nalgas a través de nuestras faldas fruncidas y enaguas almidonadas. En ese momento los hombres deben de haber salido del salón de fumar para ir a sus habitaciones, porque dejamos de oír sus voces.

—Señora, ¿puedo interrumpirla un momento?

—Cómo no, doctor.

—¿Podríamos hacer un paréntesis y trasladarnos a nuestra habitación del hotel?

—No veo ningún inconveniente, doctor.

—Mi pene está demasiado erecto, señora, y no quisiera eyacular aquí, en la confitería Las Violetas.

—De acuerdo, doctor. Pero no ha bebido su cóctel.

—No importa, señora, me distraje escuchándola. Ya pondré un velo dorado sobre el hielo, en los vasos que encontraremos en la mesita de la habitación del hotel.

—Bien, doctor, ¿está cómodo? Veo que la erección no ha cedido, pero creo que usted se ha serenado. Ahora permanecerá en la cama, recostado en las muelles almohadas que le he puesto para elevarle un poco la cabeza y el torso. Desnudo de la cintura para abajo, pero cubierto con la sábana y la manta. Yo, sentada en una mecedora junto a su cama, con mi severo vestido gris, cuello cerrado de piqué blanco, falda hasta media pierna, medias de seda opaca de color marfil y zapatos abotinados de cabritilla marrón, muy lustrosos.

—Es inútil, señora, igual ansío penetrarla al final del ejercicio.

—De acuerdo, doctor, pero la consigna de hoy dice que debo permanecer vestida, de pie, con el cuerpo flexionado hacia adelante, el torso paralelo al suelo, y las manos apoyadas en la cama. Previamente me habré quitado el calzón, por supuesto. Usted me penetrará desde atrás.

—Sí, señora.

—Ahora, mientras me escucha, mastúrbese sin destaparse; sólo debe percibirse el movimiento de su mano bajo la manta.

—De acuerdo, señora.

—Bien, volvamos a Amatista y Mariolina. Habíamos dejado a las dos niñas en la cama, las dos sin calzón, jugando con sus pelos recién aparecidos y tocándose de tanto en tanto el botoncito una a la otra, mientras Mariolina cuenta lo que pasó con su primo.

—Así es, señora.

—Hernán dejó de mirar las mariposas —dijo Mariolina y fue a sentarse en el gran sillón junto al reloj del abuelo. El silencio en la casa era total; todos estaban en los dormitorios durmiendo la siesta. Hernán me llamó para que me sentara en su falda.

—Y tú, ¿te sentaste?

—Claro que sí, siempre lo he hecho. No olvides que Hernán es unos años mayor que yo, y yo siempre he sido para él la primita pequeña. Fue el primero en darse cuenta cuando me salieron tetas, por pequeñas que fueran.

Las dos niñas lanzaron una carcajada.

—Cállate, Amatista, he vuelto a oír un ruido fuera —dijo Mariolina, apretando el botoncito de Amatista como si ésa fuera la manera de hacerla callar.

—Yo no oigo nada, Mariolina —dijo Amatista, después de aguzar el oído y apartar suavemente la mano de Mariolina para que aflojara la presión. Mariolina abandonó el interior de la tierna rosa y cubrió con la mano toda la parte externa, como si estuviera ocultándola a la vista de alguien. Y toda su mano comenzó un lento movimiento circular.

—¿Y eso, Mariolina? —preguntó Amatista, sorprendida.

—¿Te gusta? —preguntó Mariolina.

—No quisiera que apartases la mano de allí nunca más, Mariolina, ni dejes de hacer lo que estás haciendo. ¿Eso también te lo enseñó Hernán?

—No, Amatista, esto se lo enseñé yo a él. Es decir, le enseñé a hacérmelo. Yo lo aprendí aquí, de una de las

criadas.

—Seguro que te lo enseñó la ayudante de la cocinera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mariolina, mientras guiaba la mano de Amatista para que imitara a su propia mano.

—Porque es blanca y lechosa, con pecas en las mejillas y en el pecho.

—Ah, sí. Sabes que a mí nunca me gustó dormir la siesta. Cuando todos dormían en la casa yo iba a la cocina a ver a Juana (se llamaba Juana) baldear el piso de la cocina. Yo era pequeña, Amatista, así que me sorprendí cuando Juana, que estaba secando el piso con un trapo, de rodillas, me dijo: «Oye, niña, desde aquí te veo el calzón». Me encogí de hombros, y estaba por salir de la cocina cuando Juana me dijo: «Ven, que te hago una cosa linda». Dejó el balde y el trapo y fue a sentarse en una silla. «Ven aquí», insistió. Yo no sabía de qué se trataba, pero algo me impulsaba a acercarme a Juana, que se había puesto un poco colorada y jadeaba. Cuando me tuvo cerca, metió una mano bajo mi falda y me tomó con toda la mano lo que tú sabes, y empezó a hacerme esto que te hago.

—Pero ¿por encima del calzón?

—Claro. Y también así.

La mano de Mariolina abandonó los movimientos circulares e inició firmes movimientos hacia arriba y hacia abajo; Amatista la imitaba con su mano. Las niñas guardaron silencio un rato, hasta que las dos decidieron apartar la mano para poder seguir contando.

—¿Y tú le enseñaste a Hernán a hacértelo?

—Claro, era muy conveniente. No desobedecía a mamá en eso de que no hay que tocarse el botoncito, y se podía hacer por encima de la ropa, con menos peligro si venía alguien. ¿Oyes algo?

—Yo no oigo nada, Mariolina, y de todos modos estamos acostadas y bien tapadas.

—Pero mamá puede enojarse si nos encuentra despiertas a esta hora. Opina que la noche se ha hecho para dormir. Bien, hablemos en voz baja y nada de risas. Me senté en las rodillas de Hernán, como siempre, y él me palpó las tetas a ver si

habían crecido desde la última vez que nos vimos. No habían crecido mucho, pero Hernán dijo que era cuestión de paciencia.

—¿Y entonces?

—Metió la mano debajo de la falda y me dio un apretón donde tú sabes.

—Eso ya había sucedido otras veces, ¿verdad?

—Sí, pero esta vez Hernán estaba distinto. Jadeaba cerca de mi oreja y me preguntó si le permitía. Yo no sabía qué quería que le permitiera, pero por las dudas le dije que sí.

—¿Y qué hizo?

—Metió un dedo por el borde del calzón, encontró mis pelos, me felicitó por ellos, siempre jadeando, y me tocó donde mamá dice que no se debe. ¡Ay, Amatista!

—¿Qué pasa?

—Me estás acariciando el botoncito como Hernán.

—Acaríciame tú también, y que llegue la pequeña ola.

Las niñas enmudecieron, cada una con un dedo en movimiento sobre el botoncito de la otra. Acaricia que te acariciarás, jadeando hicieron llegar sin esfuerzo la pequeña ola, e inmediatamente se quedaron dormidas. Del otro lado de la puerta se oyó otra vez un ruido, pero las niñas no lo oyeron. Era el visitante que había estado todo el tiempo mirando por el ojo de la cerradura, y se hacía la paja con tal vehemencia que había golpeado sin querer la puerta. Asustado, el visitante —que no era otro que Pierre, el muchacho del establo, en su adolescencia y cuando Amatista y él aún no se conocían—, se cerró la bragueta y echó a correr hacia la escalera, con la intención de salir lo antes posible del edificio y seguir masturbándose en su rincón del establo.

Amatista y Mariolina durmieron de un tirón hasta la mañana siguiente, cuando las despertó un rayo de sol que se colaba por la ventana, el canto de los pájaros y el ruido de la bomba de agua que estaba usando una criada. De inmediato sacaron los calzones de debajo de la almohada y se los pusieron, y saltaron de la cama a lavarse la cara con el agua de la jofaina y vestirse.

—Una jofaina, qué extraño —dijo Amatista.

—Era de mi abuela, y la conservamos porque es muy bonita —explicó Mariolina.

Mientras deslizaban sus vestidos de amplias faldas sobre las enaguas almidonadas, Amatista preguntó:

—¿Cuándo volverá tu primo, Mariolina?

—El próximo domingo, Amatista.

—Qué bueno, yo estaré aquí. Mamá dijo que vendremos también el próximo domingo. Y dime, Mariolina, ¿es cierto que cuando crezcas te convertirás en un señor con monóculo?

—Eso es totalmente falso, Amatista. Me convertiré en una hermosa mujer, con unas soberbias tetas y una espesa maraña sedosa y oscura sobre el monte de Venus. El que se convertirá en un caballero con monóculo es mi primo.

—Qué gracioso error. Vamos a tomar el desayuno, Mariolina.

—Bien, doctor, en el próximo ejercicio le contaré el encuentro de Hernán a solas con las dos niñas, cuando les enseñó a jugar con su miembro.

—Me encantará, señora. Pero ahora, por favor, quítese ya el calzón y apoye las manos en la cama.

—Ya mismo. ¿Se encuentra tranquilo, doctor?

—Perfectamente tranquilo y erecto, señora.

—No debe haber agitación, doctor. La agitación conspira contra la duración.

—Lo sé, señora.

—Ya puede insertar. Excelente, doctor, este comienzo lento. Esta posición estimula deliciosamente el clítoris.

—Sí, señora. ¿Vamos bien, señora?

—Bien es poco decir. Vamos *muy* bien. Ahora retire el miembro, arrodílese y chúpeme el clítoris, por favor. Eso es, excelente. A mí me encanta y a usted lo ayuda a recuperar la calma. Bien, incorpórese ya y vuelva a penetrarme. ¿Puede, a la vez que copulamos, masajearme el clítoris con la yema del dedo? Eso es, perfecto. Curioso, pero hoy no digo «botoncito». Hoy digo «clítoris».

—¿Por qué será, señora?

—Acabo de descubrir que suena muy bien.

—Señora, quiero decirle que me encanta que tenga las medias caídas y los zapatos puestos.

—Sí, doctor. Ya puede imprimir un poco más de fuerza, tanto con el pene al entrar en la vagina como con el dedo al masajear el clítoris. Ya sabe, alternar contactos más intensos con otros más suaves.

—Sí, señora.

—En este segundo paseo al Tigre todo parece aun más hermoso, señora. El aire primaveral es embriagador.

—Sí, doctor. Me alegro de que no hayamos tomado la antigua lancha-taxi sino esta antigua lancha colectiva. Aunque hoy la consigna es no masturbarse durante el viaje en lancha. ¿Trajo pantaloncito de baño?

—Sí, señora, como usted me dijo.

—Vamos a tomar el sol en el muelle. Podemos llevar unas colchonetas que hay en la casa.

—¿Podremos quitarnos los trajes de baño para tomar el sol?

—No, doctor, porque puede pasar la lancha-almacén o algún lanchón cargado de troncos. Pero no nos molestarán demasiado las embarcaciones porque en el arroyo no entran lanchas veloces ni barcos grandes. Mire cómo han florecido las glicinas.

—Están bellísimas. No me ha dicho, señora, cuál es la consigna para hoy, una vez que lleguemos a la casa.

—Durante el viaje en lancha escuchará usted la continuación de la historia de Amatista niña, Mariolina y el primo de Mariolina. Usted tendrá que conservar la compostura a pesar de la erección. Aunque tenga el pene muy duro y muy parado, y disculpe el lenguaje vulgar, no debe rozarlo con sus manos, ni siquiera a través de la tela del pantalón. Cuando lleguemos a la casa se quitará el pantalón y el calzoncillo, y los dos admiraremos su miembro erecto. Luego le ayudaré a ponerse el pantaloncito de baño, porque yo sí puedo rozarle el pene. Yo seré la encargada de hacerle la paja, sí, doctor, todas las veces que sea necesario durante este día en la isla.

—La propuesta me deleita. ¿Habrás finalmente un coito, señora?

—Sí, doctor, habrá coito al atardecer.

—Se le insinúan los pezones bajo la delgada tela de la blusa, señora.

—Podrá usted rozarlos levemente mientras yo lo masturbo, más tarde, en el muelle. Proseguiré, entonces, con la historia de Amatista niña y Mariolina, mientras nos deslizamos por las aguas marrones de los riachos.

El domingo siguiente se sentaron, alrededor de la mesa en la casa de campo, las mismas personas que los domingos anteriores, y, además, Amatista y su madre. Avanzaba el verano. Por la mañana todos los niños jugaron y nadaron en el arroyo: Amatista, Mariolina, y los hermanos pequeños del primo de Mariolina. El primo de Mariolina no, porque ya no se lo consideraba un niño, pero estuvo toda la mañana escondido detrás de un árbol, junto al arroyo, mirando adherirse las enaguas mojadas a los pechos incipientes de las niñas y masturbándose a más y mejor.

Por fin llegó la hora del almuerzo. Los niños fueron a quitarse la ropa mojada. Amatista y Mariolina, en la habitación de Amatista, compararon sus cuerpos desnudos frente al espejo, hasta que fueron a buscarlas para ir al comedor. Durante el almuerzo, mientras los mayores se enfrascaban en conversaciones incomprensibles, Hernán miraba a las jovencitas con ardor y ellas tenían ataques de hilaridad incontrolable. Por fin llegó el gran flan con crema *Chantilly* y lengüitas de gato, y el café. Entonces los mayores se retiraron, y también los hermanos pequeños de Hernán, que en realidad se quedaron detrás de una puerta para mirar por el ojo de la cerradura; y las dos niñas y Hernán se quedaron en el comedor mirando un libro de estampas. Los tres jóvenes permanecieron muy serios y en silencio, sentados en un canapé en un ángulo del comedor, hasta que estuvieron seguros de que todos los mayores habían subido a sus habitaciones a dormir la siesta y no quedaba nadie en la planta baja. Entonces salieron del comedor y fueron a sentarse en la galería, que estaba fresca y sombreada.

—A ver, una a caballito en cada pierna —propuso Hernán.

Las niñas no se lo hicieron repetir, y Hernán comenzó a

imprimir a sus muslos (a uno cada vez, alternando) un movimiento vibratorio bajo las asentaderas de las niñas. Cuando digo asentaderas, doctor, me refiero a toda la parte que apoyamos las mujeres para sentarnos, y sobre todo cuando nos ponemos a caballito sobre algo: las nalgas y toda la parte de abajo de la vulva, nunca sé dónde termina una parte y empieza otra en el órgano femenino, doctor; pero lo que le puedo decir es que, imprimiendo un suave movimiento hacia delante y hacia atrás, y acompañando este movimiento de las asentaderas con presiones y aflojamientos alternados, y con contracciones y relajaciones también alternadas, se produce un intenso efecto masturbatorio, que por sí solo puede llevar a la culminación en personas suficientemente motivadas. Imagine todo esto unido a la vibración que Hernán imprimía a su pierna. La pequeña ola llegó muy pronto para Mariolina, quien decidió descansar mientras Amatista llevaba a buen fin la deliciosa cabalgata. Al llegar su pequeña ola Amatista no pudo contener un gritito, y luego, sonrojada, dijo:

—¡Ay, qué rico estuvo!

A Mariolina y Hernán les pareció tan cómico que Amatista hablara de la pequeña ola como si se tratara de una bomba de crema pastelera, que estallaron en carcajadas.

Voy a interrumpir aquí, doctor. Distraiga su mente con el paisaje y retomaremos la historia después de llegar a la casa.

—Me parece muy oportuno, señora.

—Bien, aquí estamos, doctor. Hace un momento, cuando abrí la puerta de la casa con las llaves que me dio la dueña, percibí ese olor tan especial de las casas del Tigre que han estado cerradas durante un tiempo, mezcla de olor a humedad, a madre selvas y a repelente de mosquitos.

—Es realmente estupendo que haya entrado el olor de las madre selvas, señora. ¿Cómo habrá hecho para entrar?

—Muy simple: entró con nosotros cuando abrimos la puerta. Ahora le ruego que se quite el pantalón y el calzoncillo para que yo lo ayude a ponerse el pantaloncito de

baño. ¡Qué bonito es, con un ancla bordada!

—Sí, señora. Bien, ya me he quitado las prendas que usted dijo sin siquiera rozar el pene...

—... Que bien erguido está.

—Que bien erguido está, como usted dice, señora.

—A ver, pase un pie para ponerse el pantaloncito, doctor. Muy bien, ahora el otro. Pero antes de subirlo, si me permite, voy a chuparlo, doctor, y disculpe la brutalidad del verbo que acabo de usar; resulta más rápido que decir que «voy a tomarle el pene en la boca para después hacer movimientos de succión».

—Haga eso que usted dice con toda el alma, señora.

—Excelente, doctor, sigue dominándose muy bien y reservando su jugo para el atardecer. Ahora subiremos el pantaloncito.

—Con qué delicadeza, señora, roza usted mi miembro erecto al subir el pantaloncito, y vuelve a rozarlo ahora a través de la tela.

—Debo felicitarlo yo por sus progresos, doctor. Ahora vamos al muelle con estas colchonetas, y le contaré lo que hicieron las niñas y Hernán después de las cabalgatas.

—Ahora que estamos cómodamente tendidos al sol proseguiré con la historia. Hernán, Amatista y Mariolina fueron hasta el borde del estanque de los peces dorados, sombreado por altos eucaliptos. Allí los tres se pusieron en cuclillas como si estuvieran observando los peces, y Hernán aprovechó para desabotonarse la bragueta y mostrar a las niñas su pene erecto. Ellas miraron, tocaron, trataron de medir la circunferencia haciendo anillo con el pulgar y el índice, y, cuando finalmente Hernán eyaculó, recibieron el semen en sus manos, porque en ese momento las dos lo estaban acariciando.

Dejemos a los jóvenes entregados a sus juegos, doctor, mientras yo atiendo a su pene erecto. ¿Desea que le haga la

paja?

—Se lo suplico, señora.

—Mientras lo masturbo agregaré un detalle que omití antes: mientras Amatista manipulaba el miembro de Hernán, no con experiencia pero sí con maravillosa intuición, Mariolina se acercó a ella, le metió la mano debajo de la falda, la pasó por el borde del calzón y buscó con su dedo el botoncito de rosa. El clítoris. Qué bien suena la palabra «clítoris». Es una palabra elegante y acuática. La sílaba «cli» al comienzo de la palabra es un acierto colosal. Cli. Cli. Podríamos usarla como diminutivo, como sobrenombre cariñoso para esa parte del cuerpo de una mujer. Pero el nombre entero me deleita, la palabra «clítoris». Podría ser un nombre de mujer.

—Sus palabras me deleitan tanto como su mano, señora.

—Podría ser el nombre de una flor. De manera que Amatista masturbaba a Hernán, y Mariolina masturbaba a Amatista. A Mariolina le quedaba una mano libre (a Amatista también, pero eso ahora no viene al caso). Con perfecta coordinación de movimientos, Mariolina comenzó a acompañar la mano de Amatista alrededor del pene de Hernán mientras con la otra recorría todo el repertorio de caricias y frotos en la rosa de Amatista; y cuando el líquido perlado corrió sobre las manos de las dos niñas, Amatista tuvo su pequeña ola. Y luego fue la mano de Hernán la que acarició y frotó a Mariolina hasta que también ella tuvo su pequeña ola.

Bien, doctor, voy a retirar mi mano dejándolo erecto. Recuerde que con estas masturbaciones incompletas...

—Sí, sí, ya sé, señora.

—Bien, doctor, aquí estamos otra vez, en la confitería Las Violetas. Como este es nuestro último encuentro, desearía conocer sus impresiones sobre el camino que hemos recorrido juntos.

—Preferiría contestarle más tarde en la habitación del hotel, señora. Un pene erecto es mucho más elocuente que todas las palabras.

—Me dirá todo lo que quiera con el pene, doctor, pero yo deseo oír sus apreciaciones ahora, en esta charla tranquila con los cócteles de por medio.

—Bien, en primer lugar le diré que ahora me parece imposible haber sido tan torpe como era cuando usted me conoció.

—La educación lo es todo, doctor. Un hombre que anda vertiendo su jugo sin ton ni son, ya sea en su propia mano o dentro de una mujer, es como un niño lobo que vive en la selva atendiendo sólo por instinto a sus necesidades elementales. La educación, poco a poco, lo transforma en un caballero con monóculo que viaja en tren desde Yalta hasta San Petersburgo después de haber dejado en Yalta a una mujer ahogada en lágrimas.

—Sí, señora.

—¿Qué más puede decirme de estas lecciones?

—Que me admira su constancia y su serenidad, señora. Más de una vez renunció usted a su propio placer para no interrumpir sus enseñanzas.

—Era la única forma de asegurar un placer duradero para usted y para mí horas más tarde, querido doctor. Deseo echar definitivamente por tierra el viejo concepto de que el placer está solamente en los arrebatos de la pasión. Está también en la práctica tranquila y controlada de lo que puede proponerse con las palabras.

—Señora, esta noche, en la habitación, ¿me contará el final de la historia de Amatista?

—No precisamente el final, porque la historia de Amatista no ha terminado. Quise volver a los tiempos en que Amatista era apenas núbil para hacerle conocer a Hernán, porque en el último capítulo encontraremos a los tres jóvenes años más tarde, cuando se reunían a tomar un cóctel en la confitería del piso 19.º del edificio Comega.

—¿En la confitería del Comega?

—No se asombre. Desde las ventanas de la confitería hay una hermosa vista de Buenos Aires y el río. Amatista, Mariolina y Hernán se reunían a evocar sus travesuras juveniles, y luego iban al apartamento de Hernán para sus juegos eróticos. Beba su cóctel, doctor, e iremos ya para el hotel. ¿Cuándo regresa a su provincia?

—Mañana por la noche.

—Espero que mis enseñanzas le ayuden a hacer más placentera su convivencia con su esposa.

—Con seguridad lo lograrán, señora.

—¡Pensar, señora, que es la última vez que entramos en esta habitación donde aprendí tantas cosas en su fascinante compañía...!

—¿Me echará de menos?

—Claro que sí, y también a Amatista y sus amigos.

—Estaremos con usted cada vez que usted lo decida. Y no sólo en sueños y fantasías; cuando venga a Buenos Aires puede llamarme y nos encontraremos para que me cuente sus progresos.

—Sí, señora. ¿Cuáles son hoy las consignas?

—Hoy no hay consignas, mi querido doctor. Lo invito a que simplemente nos quitemos la ropa y nos acostemos a retozar un poco.

—Siento que hoy se ha entregado a un dulce abandono, doctor.

—Sí, dulce es la palabra. Abrazarnos, restregarnos uno contra el otro, tendemos boca arriba, estirar los brazos para tocar los genitales del otro, verla montar sobre mí y sentir que guía mi miembro erecto hasta la entrada del delicioso túnel, para iniciar la cabalgata...

—... Y después descansar boca arriba, hablando de cosas disparatadas...

—... Volver a la historia de Amatista, mientras su mano juguetea con mi vello púbico y se acerca, como sin querer, a mi pene dormido...

—... Que despierta muy rápido cuando me inclino sobre él y le prodigo una lluvia de besos... Le contaba que Amatista, Mariolina y Hernán solían reunirse en la confitería del piso 19.^o del Comega. Una tarde Amatista llegó a la confitería acompañada por un joven... ¡Lo ha adivinado usted! Por, huelga decirlo, por Pierre, el muchacho del establo. Tampoco hace falta decir que después de beber los cócteles y hablar un rato de bueyes perdidos, pero eróticos, los cuatro jóvenes se dirigieron al apartamento de Hernán, donde se repantigaron en los sillones y, cada uno con su vaso de *whisky* en la mano, un velo dorado sobre el hielo, iniciaron la siguiente conversación:

—Es raro que, siendo tú tan amigo de Amatista, Hernán y yo no te hayamos conocido antes, Pierre —dijo Mariolina.

—Es que me fui volando en mi avión —respondió Pierre —, que no quería confesar, ni confesó nunca, su entrada clandestina en la casa de campo de Mariolina cuando sólo era el muchacho del establo, y espío a las dos niñas por el ojo de la cerradura. En realidad el monasterio estaba cerca de la casa de campo de la familia de Mariolina, y, más de una vez, Pierre, trepado a un árbol y oculto entre el follaje, había presenciado los juegos de Amatista, Mariolina y Hernán junto al estanque de los peces dorados.

—Ahora voy atando cabos, señora.

—Ah, sí, doctor, qué gracioso, parece que participara usted en el diálogo de los cuatro jóvenes.

—Pero no, señora. Sólo estoy hablando con usted.

—Muy bien. Es que me fui volando en mi avión —

respondió Pierre.

—Pierre, ¿tienes el pene erecto? —interrumpió Amatista.

—Amatista, eres muy distraída —dijo Mariolina—. ¿Acaso no ves que se ha desabotonado la bragueta y ha metido por allí una mano? Si no se está acariciando el pene erecto no sé qué otra cosa puede estar haciendo.

—Perdona, Pierre, es que te he echado de menos desde que te fuiste volando en tu avión. ¿Me permites? —dijo Amatista y, después de dejar su vaso en una mesita se levantó del sillón, se quitó rápidamente el calzón, dejándolo caer en la alfombra, y se sentó en el regazo de Pierre con la espalda vuelta hacia él. Por supuesto que, mientras se sentaba, Pierre ya le iba insertando el miembro y a ella sólo le quedaba bajar lentamente para que llegara a fondo. La conversación cesó unos momentos mientras Amatista subía y bajaba ayudada por Pierre, que la sostenía por la cintura con una mano, mientras con la otra seguía sosteniendo el vaso. Después de algunos movimientos más, Amatista culminó con suaves gemidos, que se hicieron más intensos para luego atenuarse y cesar. Hernán fue cortesmente a ayudar a Amatista a levantarse, recogió su calzón de la alfombra y se lo entregó para que se lo pusiera, y una vez que Amatista estuvo nuevamente instalada en su sillón le alcanzó su vaso, al que agregó otro cubo de hielo y un poco más de *whisky*. Luego volvió a su sillón y recomenzó la conversación.

—Nos decías que te fuiste volando en tu avión, Pierre —dijo Mariolina, un tanto sonrojada y jadeante y sin poder apartar la mirada del pene siempre erecto que Pierre había dejado distraídamente al aire.

—Sí, me fui volando en mi avión a playas del Caribe.

—¿Me ayudas a quitarme el calzón? —preguntó Mariolina.

—Oh, claro, disculpa —respondió Pierre, levantándose de su asiento. Con la prisa se había olvidado de abotonarse y sus pantalones cayeron al suelo junto con los calzoncillos. Hernán se preguntó por qué se le habrían caído también los calzoncillos, pero las muchachas estaban tan arrobadas ante la severa belleza del pene erecto de Pierre, que no se

preguntaron nada.

Pierre simplemente levantó un pie y después el otro, dejando su ropa en la alfombra, y se aproximó a Mariolina vestido sólo de la cintura para arriba.

—¿Quieres tenderte boca arriba sobre esos almohadones? —preguntó Pierre, mientras ayudaba a Mariolina a quitarse el calzón.

Mariolina se dejó caer blandamente de espaldas sobre unos almohadones y ofreció a Pierre la rosa abierta.

—Un momento —dijo Hernán—, ¿para qué proceder en forma impulsiva y desordenada, como si fuéramos niños? Propongo que todos volvamos a nuestros asientos y hagamos un plan.

—Buena idea, Hernán, pero antes quitémonos el resto de la ropa —respondió Amatista.

Nadie se lo hizo repetir. Los cuatro jóvenes se quitaron toda la ropa y volvieron a ocupar sus sillones, cada uno con su vaso en la mano.

Se hizo silencio y todos se pusieron a pensar mientras se masturbaban suavemente.

—Propongo el siguiente esquema —dijo Hernán mientras cerraba la mano alrededor de su gallardo falo—: Pierre chupa a Mariolina...

—¡Hernán! —exclamó Mariolina—. Nunca terminarás de aprender las reglas de cortesía. Me imagino el esquema, y no me opongo a hacer un círculo basado en encuentros de bocas y genitales, pero ya veo que, con tu descuido de siempre, estás por pronunciar cuatro veces seguidas ese verbo tan tosco. Usa tu ingenio para decirlo en forma más delicada.

—¡De acuerdo! —suspiró Hernán, y recommenzó la propuesta—: La rosa de Mariolina en la boca de Pierre, el falo de Hernán en la boca de Mariolina, la rosa de Amatista en la boca de Hernán y el falo de Pierre en la boca de Amatista.

Todos comprendieron de inmediato. Los jóvenes formaron la ronda en la alfombra, y cuando se oyeron los primeros compases de *Estas cosas tontas*, que Hernán había colocado en el tocadiscos un momento antes, todas las bocas y todos los genitales estaban entregados a una deliciosa actividad.

Cuando terminó la canción, como respondiendo a una consigna, los jóvenes se fueron separando con delicadeza. Se oían fuertes jadeos porque todos estaban muy excitados y nadie había culminado. Les llevó unos minutos serenarse, desplomados en los sillones. Hernán fue el primero en reponerse y sentirse en condiciones de ir hasta la mesita y agregar más *whisky* y hielo a los vasos.

—A mí dame agua mineral, por favor, Hernán —pidió Mariolina.

—Yo sólo quiero un sorbito y te devuelvo el vaso, Hernán —dijo Amatista.

—A ver qué les parece mi propuesta —dijo Pierre, y enunció rápidamente—: Mariolina tendida de espaldas en la alfombra, yo entre sus piernas, enfrentado con ella, la penetro, y a la vez le chupo la rosa a Amatista, de pie a mi lado, quien a su vez masturba a Hernán, parado junto a ella. Hernán queda con las dos manos libres para acariciar los pechos de Amatista. Amatista...

—No está mal —lo interrumpió Amatista—, pero es una figura complicada e irregular y las posibilidades no están del todo aprovechadas.

—Tampoco se ha dicho que hay que aprovechar siempre todas las posibilidades —replicó Pierre, un tanto amoscado.

—Perdona —dijo Amatista— pero te suplico, Pierre, que abandonemos por un rato el juego entre los cuatro, para que me penetres y copulemos hasta culminar, porque, ¿sabes?, hace mucho que te fuiste volando en tu avión, y desde que volví a ver tu pene erecto...

—Ni una palabra más, Amatista —respondió Mariolina—. Hernán y yo miraremos el coito de cerca.

—Todo lo cerca que quieran, amigos —dijo Pierre.

—Vamos a prepararlos para el encuentro, Mariolina —propuso Hernán.

Y de muy buena gana todos se pusieron en actividad.

Hernán ayudó a Amatista a tenderse boca arriba en el diván. Se sentó a su lado en la alfombra y le indicó:

—Recoge las rodillas contra el pecho, Amatista.

Amatista así lo hizo y Hernán le separó las rodillas hasta

descubrir el interior de la rosa. Varias veces las manos de Hernán recorrieron la parte interna de los muslos de Amatista. Luego los pulgares recorrieron las ingles, y la yema de su dedo mayor resbaló sobre los carnosos pétalos laterales, se apoyó en la entrada del prieto pasadizo, y ascendió para apoyarse en el eje vital de Amatista, en su delicioso clítoris.

Al mismo tiempo, Mariolina jugaba con el vello púbico de Pierre, que estaba reclinado sobre los almohadones en la alfombra, y le prodigaba leves, casi etéreas caricias en los testículos, para tomarle después el falo con toda la mano e imprimirle lentos movimientos hacia arriba y hacia abajo.

Finalmente Hernán y Mariolina abandonaron los juegos previos y se sentaron uno a cada lado del diván donde yacía Amatista, para poder ver el coito y masturbarse cómodamente.

Y aquí los dejamos, querido doctor, en el último acto de esta historia. Pierre todavía no ha penetrado a Amatista; en estos momentos la parte anterior de su soberbio falo se desliza con un suave roce sobre el clítoris de Amatista. Desde sus lugares, Hernán y Mariolina pueden ver a la perfección el movimiento ascendente y descendente del pene en la magnífica caricia, y los suaves movimientos de la pelvis con que los acompaña Amatista. Mariolina y Hernán se masturban con el mismo ritmo pausado mientras se desgranán las notas de *Qué profundo es el océano*.

—¿Otro cubo de hielo, señora?

—Sí, por favor, doctor.

—Déjeme decirle, señora, que de veras la echaré de menos.

—Lo sé, doctor, pero recuerde que el éxito del curso se comprueba si usted logra los mismos resultados por sí solo o con otras señoras. Hasta con su misma esposa.

—Es que ella no sabe...

—Enséñele.

—Pero su método, señora, consistía en que usted me enseñaba a mí.

—Enséñele a que le enseñe.

—Pero es que ella no sabe.

—Ese es su error, mi querido doctor. Ella *sabe*. ¿Nos despedimos ahora, con un coito directo y vigoroso?

—Se lo ruego, señora. ¿Ya penetro?

—Sí, doctor. Haga una penetración no muy lenta, y que sea firme y a fondo. Luego el movimiento de retroceso muy lento y muy suave, y vuelva a entrar firme y a fondo, un poco más rápido que la primera vez. Continúe de esta manera y yo lo acompañaré con movimientos de la pelvis y las contracciones y aflojamientos adecuados. Cuando sienta que va a culminar, déjese ir.

—Si usted todavía no ha culminado ¿debo ocuparme de usted, señora?

—No, doctor, después de eyacular déjese caer de espaldas a mi lado y me masturbaré yo misma. Después del coito no hablaremos, simplemente nos vestiremos y saldremos de aquí, primero usted y, unos minutos después, yo. Nuestra despedida verbal la haremos, ya lo ha adivinado usted, en la confitería Las Violetas.

—¿Todo preparado para la partida, doctor?

—Sí, señora. Debo estar a las nueve en Aeroparque. Veo que ha pedido un Alexander.

—Y yo veo que usted no deja de mirar la puerta del fondo con el cartel de PRIVADO.

—Una última pregunta, señora, antes de decirnos adiós. ¿Dónde guardaba Pierre su avión mientras no lo estaba usando?

—En el hangar.

—Claro. Señora...

—Ahora nos despediremos y usted saldrá a la calle, doctor. Hasta más ver.

—Ha sido un placer enorme. Hasta más ver, señora.